

Deforme

JUAN MARCOS ALMADA

Deforme

milena caserola

JUAN MARCOS ALMADA
DEFORME. — 1a ed. milena caserola, 2011.
118; 14,5x20,5 cm.

1. Cuentos

Contacto con el autor: oliverioflores@hotmail.com

Todos los izquierdos están reservados, sino remítanse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopiadora, es promover la *desaparición* de lectores.

Ilustraciones:

Paula Peltrín: Otra forma de vida o la debilidad, El indigente, Perros y Síntoma.

www.myspace.com/paulapeltrin paulapeltrin1@hotmail.com

Dany Scherman: Nictálope, Don Vicente, 40%Vol y Trinidad.

www.flickr.com/photos/danielscherman/ scherman.daniel@gmail.com

Ilustración de tapa: Juana Almada

Foto de solapa: Sebastián Lara

Edición: Matías Reck / losreck@hotmail.com

Dedicatoria:

a July, a Juana, al renacuajo y a Pipiolo.

Agradecimientos:

*a los almados, los pereces, los miranbordes, los paparinos,
a los topinos, a los ciarras, a los diáz de españa,
a los azulejos (ellos saben quiénes y de qué manera),
a los acanos, a los fiestorros, a los vierneros circulares,
a los guinotes, a los operetos, a los pacheros, a Dany y Pauli;
a todos, por estar y compartir.*

ÍNDICE

- Otra forma de vida o la debilidad	/ 11
- Nictálope	/ 35
- El indigente	/ 41
- Don Vicente	/ 47
- Perros	/ 67
- 40%Vol.	/ 79
- Síntoma	/ 83
- Trinidad	/ 89



OTRA FORMA DE VIDA

O

LA DEBILIDAD

*Pero él seguía mirando a través de los zapatos.
La balada del boludo. Isidoro Blainstein*

La cama lo chupa, lo sorbe, los sueños lo cabalgan.
Ajeno al deleite, todo lo mortifica. Está detenido, trabajado, viéndose a sí mismo en el reflejo deforme de una pava.

La camisa lo abrazó hasta formar una piel celeste sobre su piel. Cuando el nudo corazón de la corbata estuvo hecho, le apretó el cuello hasta casi estrangularlo. Los zapatos le fueron indicando el camino hasta el zaguán. Ya en la calle, gente diferente e indiferente discutía con su imagen reflejada en las vidrieras de los comercios, cómo era la forma más adecuada de llevar la raya del peinado.

Su trinchado discernimiento se comporta de tal manera que lo constituye como el hazmerreír de la oficina. Soporta las afrontas, alusiones e indirectas como un hidalgo caballero o como una piedra. El fracaso le marca el paso cada vez que la inercia lo lleva hacia alguna parte.

Las horas calientes se le pegaron a la piel sofocándolo hasta el ahogo. La tarde le metió la mano en el bolsillo y le invitó un trago en el bar de la esquina. El alcohol le acarició la garganta y le quemó las tripas. Jugaron con él las estrellas de la noche, cuando sus pies lo sacaron a tomar aire, mientras las casas correteaban de un lado a otro, cruzando la calle sin mirar a los costados. El aire tibio le besó la frente y se sintió bien por primera vez en el día. Se restregó los ojos, los cerró con fuerza y al abrirlos todo estalló en miles de puntos anaranjados sobre un fondo negro.

La cama lo tragó ni bien entró a la pieza de la pensión.

El sábado lo sacudió a eso de las nueve de la mañana metiéndole un chiflete por debajo de las sábanas. Se arropó acurrucándose y se obligó a dormir un rato más. El sábado lo volvió a despertar a las once y media, con un aceitoso olor a estofado. Supo que era hora y dejó que las pantuflas lo arrastraran al patio para ver si el baño estaba disponible. El inodoro lo retuvo todo lo más que pudo. El espejo lo sacó bastante parecido, el agua fresca lo cacheteó cinco o seis veces. La mesa le ofreció pan fresco, vino con soda y un plato de tallarines con estofado. Un manjar que lo pondría pipón pipón. Opíparamente se arrastró hasta un sillón y ahí permitió que el televisor y la televisión lo capturaran un rato largo hasta que la siesta todo lo copara.

Las palabras le entran por una oreja y le salen por la otra. Se acostumbró a imaginar lo que le dicen los demás.

Mientras le hablan, él compone los diálogos de sus interlocutores a capricho. No se entiende con casi nadie, pero eso mucho no le importa, todo está recontra jodido como para amargarse más de lo que se amarga todos los días por cosas como esas. En los ratos libres sus dedos corretean por un teclado que escupe letra por letra hasta formar algo parecido a lo que él quiere escribir. Eso, cuando los sábados, domingos y feriados lo encuentran en la mesa de la pensión, con una frazada debajo de la máquina para no entrar en afrentas con los demás moradores de la casa que quieren dormir o escuchar los partidos. De lunes a viernes, de nueve a dieciocho, el palabrerío leguleyo y administrativo le taladra la cabeza cercenándosela en seis pedacitos. En esos días y durante esas horas se emparenta y entra en contacto y relación con tristes artesanos de oficina que se reúnen en el despacho del Gerente a tomar café amargo y a llorar por la explosión de una gota de sangre en un documento original.

Hablar para qué, se pregunta, si nada que pueda decir es lo suficiente como para expresar algo parecido a lo que se pretende. Cada vez que abre la boca las palabras se atropellan, rengas, por salir al aire libre, tartamudas.

La música se le mete en espiral por los oídos y cae en tirabuzón hasta que el cuerpo empieza a retorcerse con el ritmo y la cadencia. Las baldosas lo sostienen cuando rompe coreografías y hace figuras sincopadas. Las cuatro paredes de la pieza lo observan, inmóviles, cada tardecita. Nadie más que ellas conocen el secreto del tímido bailarín que nunca se vio en la obligación de guiar. Su sombra le marca el paso desde atrás, como un atento profesor, y los mocasines brillan con la luz de la lámpara que se prende ni bien el sol aúlla su despedida tras el paredón del patio.

Quiere entrar a la música como se entra al mar, a un río, a una bañera: sintiendo la lividez de los sonidos y la liviandad del alma toda. No se explica que haya gente que nunca se siente a escuchar un disco. La música es para él la única cosa maravillosa de este mundo. Se contorsiona inconscientemente cada vez que oye unos acordes.

En la calle no se escucha música, sólo chirridos, golpes, sirenas y gritos. Ya no se ven chifladores o cantantes callejeros de voz en cuello. A penas si todavía pasan los afiladores con la sirena de plástico, verde o amarillo. No le entra en la cabeza cómo es que hay gente así; como están los que no entienden cómo puede existir gente cómo él.

Los lunes ensalada, los martes churrasco con arroz, los miércoles y los jueves milanesa con fritas, los viernes guiso o puchero en un bodegón, los sábados y los domingos tallarines en la pensión. Café, mate, cigarrillos, vino, ginebra y demás derivados de productos con graduación alcohólica. Lo que pasa, pasa, debería aceptarlo y ya. Pero no, claro: sufre, mucho, pero mucho y la pena duele hasta más no poder, y puede bastante o por lo menos lo suficiente como para doler un montón. Mucha malasangre al final se coagula. La muerte se alimenta de los afligidos que no tienen dónde caerse muertos. Así son las cosas. Gente deambulando de un lado a otro, con los vectores torcidos por la cotidianidad repetitiva e insalubre.

No tiene más remedio que aguantar lo que sobreviene. No puede cambiar el curso de los acontecimientos. Le gustaría que las cosas fueran distintas, pero no son distintas, son como son, y hay que hacer tripa corazón y repecharla.

Cada fecha de cobro, puntualmente, percibe el resarcimiento acordado en el contrato basura, y cena en un tenedor libre. Se toma una copa en cualquier bar y se deja llevar por las

astacias del vino hasta una casa de masajes para que Matilde le sobe el lomo hasta que se le aliviane la carga con la que entró. Después, como si ya no tuviera control sobre sí mismo, porque en verdad no lo tiene, se llega hasta la pensión, se ovilla como un feto y llora por cosas que no se anima a patentizar.

La semana se lo traga una vez más sin respiro, hasta que el viernes a eso de las dieciocho, dieciocho treinta, lo escupe para que pueda sentir la reyuna libertad durante poco más de cuarenta y ocho horas sucias y vacías. Trastocado y maltrecho, se deja transigir por el fin de semana entre mates y transmisiones deportivas. Los comentarios malsanos de los demás moradores de la pensión le hacen mella en la paciencia, teniendo que volver a la pieza para tomar una infusión de hierbas que tan sólo le proporcionará pesadumbre y sueño.

Las sintácticas sombras de la renuncia y de la resignación merodean los alrededores de la pieza de tarde en tarde, tratando de encontrar una hendidura por la que colarse. Como si todo encajara con todo, dentro de la pieza, dichas sombras tienen unos duplicados exactos, que se meten entre las frazadas y alternan con el yacente que duerme picaneado por recuerdos que trasmutan en pesadillas negras o blancas, que corretean golpeándose contra las paredes como gallinas degolladas, haciendo insopportable cualquier intento de reposo.

Hombres mutilados y fuera de sus cabales lo acechaban desde una montaña, mientras se comían a sus padres. Lo despertó con un beso la sal del llanto. Esa mañana se entretuvo ahorcándose con papel higiénico, antes de salir a la calle y pisar mierda de perro. Cursó expedientes que hablaban mal de él, y

en un memorándum confesó que estaba solo y que amaba con asco y culpa a la gorda de la limpieza.

Nunca se decidió por ninguna carrera a seguir. Terminado el secundario, y algún falso contacto de su padre le Fonsi-guió trabajo en la oficina. Desde aquel tiempo se desempeña como un buen empleado perito fiel.

Más de mil veces lo apercibieron por recaratular un expediente sin haberlo foliado y sellado como lo indica el Manual de Procedimientos aprobado por resolución.

En su legajo fueron adjuntados unos cuantos sumarios administrativos que señalan la falta de idoneidad del sumariado para esperar a que seque la tinta tanto del sellado como de la rúbrica. En su defensa dijo que no lo volvería a hacer, y nunca lo dijera, porque la persecuta a la que lo sometieron, empeoró aún más las cosas.

Un bar lo ató, hasta muy tarde, a la silla y le metió unas cuantas medidas de ginebra que lo contentaron sordamente. Una muchachada nocturna, se ofreció a cargar con su dinero y de paso, ya que estaban, le rectificaron la tristeza a patadas. Volvió caminando a la pensión escupiendo sangre amarilla que brotaba a borbotones de la cavidad vacía, dejada por alguno de los cuatro dientes que perdió en el partido de fútbol que jugaron con su cabeza los patrones de la cuadra.

Al otro día entró a un edificio y se metió a un ascensor para diligenciar una nota externa. Sin querer mirar, fue llamado por sí mismo desde el espejo. El pelo raleado, la camisa afuera del pantalón, la corbata torcida, los siete botones de la camisa mal abrochados y de distinto color, las uñas comidas hasta el nacimiento, el saco descocido, la mirada hepática, la sonrisa

cariada, la vida opaca. Las manos se negaron a componer la imagen, en conocimiento de que nada iban a poder cambiar. Todavía rondando los vértigos del sacudón, abrió la puerta en entresuelo, salió por una abertura minúscula y se arrojó por las escaleras los pisos restantes. Una vez en la vereda, cruzó la avenida en rojo y se metió a una casa cualquiera; abrió una, dos, tres puertas y en la cuarta encontró el baño; giró la canilla y se mojó la cara. Los habitantes de la casa lo vieron hacer, sentados a la mesa, sopando criollitas en el té con leche. Le sucede a menudo que su presencia pasa desapercibida para sus semejantes, haciéndole comprender que en realidad no son sus semejantes, sino gente medianamente normal, muy diferente a él, que es un fenómeno contra natura.

Cuando el alumbrado público traza cada atardecer el contorno de las calles y de los barrios, piensa en el suicidio como una idea que se repite una y otra vez en su padecimiento. Cree inminente su final, por eso es que está escribiendo sus memorias olvidadas en verso libre. Un mamotreto que le ocupa la cabeza cada vez que oscurece y se sienta a detallar las horribles y penosas situaciones que lo han afectado desde siempre. La escritura para él debe ser un desahogo, por lo visto. Porque matar no se mata, y escribir, escribe. Eso no hay nadie que pueda discutírselo, porque está solo. Aunque para no faltar a la verdad, hay que decir que se lo discuten tanto sus superiores en el trabajo, cuando lo encuentran frente a la máquina, apretando siempre la misma tecla; como también sus vecinos de pensión, cuando le patean la puerta para hacerle saber que están podridos del tecleteo de mierda ése.

Cada vez que intenta entablar diálogo casual con alguna transeúnte, el tabaco tiende, desde dentro de su boca, una mano alquitranada y pegajosa dispuesta al apretón. Las pocas mujeres

que se detienen, lo miran indiferentes y siguen su camino, sin preámbulos ni consideraciones al pie.

El parque lo llama los domingos, para ofrecerle un gran camastro de pasto y tierra. Se sumerge en un mundo habitado por vaquitas de San Antonio, bichos canasto, isocas y víboras ciegas. Ordena sus pensamientos en un fichero separado por orden alfabético. Una vez acomodados, saca los problemas de mayor raigambre, los poda, los vuelve a meter en el fichero, y guarda los restos muertos en una bolsa de consorcio. En ese menester puede estarse toda una tarde. De regreso, y a medida que se acerca a la pensión en distancia y al trabajo en tiempo, a los recuerdos les crecen nuevos sarmientos. Se le anudan otra vez las contracturas y carga con ellas hasta el domingo siguiente. Entra a la pensión casi a la rastra y se sienta a la mesa a escuchar como los demás comensales discuten con la boca llena. Alimentada una vez más la lombriz solitaria, se echa en la cama a entretrejer, en punto cruz, la telaraña de la frustración y la soledad.

Una vez, en una de esas tardes de domingo en el parque, se encontró con una mirada sintética made in corea. Se envolvió en ella como si fuera el corazón de un alcaucil. Se hizo vitalicio de ese amor que lo miraba incomprensiblemente. Una noche fría de invierno, sintió que le sacaban la cobija y supo de inmediato que todo había terminado. Tuvo que cambiar de supermercado, justo cuando la había empezado a distinguir de entre las demás. Después volvió a ser el mismo unitario de siempre.

La pena encrespada se le apelotona en el pecho. Cada vez que la tos lo estrangula por dentro, expulsa alguna que otra maraña de pelusa. Sabe bien que está destinado a terminar en un pastizal, viviendo a la intemperie, tomando mate y

comiendo pan duro. Por definición ontológica prefiere la sombra al espejo, y así lo tratan los transeúntes. Lo pisan, escupen sobre él, apagan los puchos en su gabán o en su camisa.

Resurge o se hunde, según vaya y venga la marea del día y la hojarasca de la noche. Se acomoda en una vital penumbra y rememora todo lo que le acaba de pasar; se hunde más y más en el rincón de sombra en el que está metido hasta la pera y con una mansedumbre de cementerio parque se masturba sin pensar en nadie. Lame los ladrillos, las baldosas y el cielo raso; las vigas se quiebran y lo aplastan. Sumido en ese confín, oye parlas mortuorias que susurran su nombre deformándolo hasta hacerlo desaparecer. La tarasca de su pieza lo manotea y lo desparrama en la cama, pegándole codazos hasta arrepollarlo contra la pared mientras él desarraja flatulencias alcanforadas.

En la repartija de las posesiones de un padre demente, le tocaron pocas cosas: unos cuadros anónimos de un pintor gótico que, según decían, habían pertenecido a Fulcanelli; una poltrona polaca apolillada en la que se había sentado la mismísima Yvonne, princesa de Borgoña, a tomar el té con un fabulador oriundo de Maloszyce Opatowa; y un sable mocho propiedad de un General caído en desgracia. Pero los anticuarios hoy día dan unas pocas chirotas por tales cosas, cargadas de sentimentalismo y de ningún otro valor que se precie en los mercados de la globalización.

El lema de su padre fue siempre: diez cintazos y después, el interrogatorio. En su antigua casa paterna, él siempre era el culpable de todo, por ser el más chico y el más feo; hay que decirlo.

Entre jardineros, sirvientas con cama adentro y chóferes con la cama materna a su disposición; vivían entre diecinueve y veinte personas, posiblemente aumentadas por visitas de amantes o vendedores ambulantes que pasaban a tomar un vaso de agua y se quedaban entre dos y tres semanas, yendo y viniendo del despacho del padre a la cama de la madre.

El dignatario de esa desvencijada mansión, se ocupó fervientemente de desgastar, hasta hacerla jirones, una heredada fortuna, producto del dinero que obtuvo su propio padre en la venta de blancas, negras y amarillas mujeres de la calle.

Regaló su finita fortuna, nunca se supo bien si por desidia o generosidad. Todas las mañanas por las puertas abiertas de par en par, entraban caravanas, que salían al rato en fila india con algún objeto que se pudiera vender.

Su madre enferma, sucia y ausente, es una mariposa de la noche que apenas si va de su habitación al único baño de la morada. Cualquiera que, presuroso, utilice los servicios inmediatamente después de la señora, encontrará en la pileta: uñas duras y retorcidas, muelas negras y manojo de cabello transparentes de tan blancos. La vieja se muere de a pedazos. Nadie nunca la ha visto saludable y rubicunda sonriéndole al sol y a los verdes árboles del día. Ella se pone sobre la piel deshidratada, telas viejas que hacen las veces de vestidos, y espera tendida sobre la cama, a vecinos ruines y rastreros, que se acercan a la casa para robar joyas, candelabros, y centros de mesa, y de paso dejarse manosear por la vieja que saca su lengua agusanada para lamer vergas flácidas.

Sus seis hermanos son muchos y se parecen tanto que nunca se sintió con ánimos para diferenciarlos y quererlos.

Es el séptimo hijo varón de una familia caída en la desgracia. Pudo haberlos salvado a todos de la pobreza, con los favores del Excelentísimo Presidente de la Nación, si no fuera porque éste se dejó deponer por un golpe de Estado elucubrado desde las altas esferas ovaladas del Ejército. La familia intentó el reconocimiento oficial del presidente que fuera presidente, pero nunca tuvieron ni el talento ni la paciencia necesaria para los quehaceres administrativos y burocráticos. Al pobre, nunca le perdonaron esa mala suerte de la cual era lógicamente inocente, pero depositario. Durante un tiempo creyeron que quizá fuera lobisón y con eso tendrían para el zoológico o al menos para una feria de variedades. Pero nunca vieron la conversión en las noches de luna llena. Lo observaban atentos y codiciosos, esperando la transformación, mientras él, en un rincón, encadenado, comía y se ensuciaba los pantalones a la vez. Como a todos les asqueaba el olor a orina y a mierda, se iban, tapándose la nariz y gangoseando, y lo dejaban, hasta que algún sirviente piadoso o aburrido le abriera los candados.

Cada mañana el café lo lleva de la nariz hasta la calle de la oficina y cualquiera que entre apurado lo mete para adentro a los empujones. La inercia del topetón lo deja caer sentado en la silla con ruedas de su box. Los biblioratos lo custodian desde los estantes, con sus lomos escritos a mano y sus informes desbordados y con faltas ortográficas. Él lo mira todo con sus ojos opalinos.

Una tarde espesa de enero vio cómo un carbónico repetía su rostro casi a la perfección. Una tachadura azul medio borroneada, como la nada, lo miraba desde la hoja de asistencia. Descubrió también que la firma del Jefe de asuntos legales se parecía a su perfil aguileño. Una mancha de humedad en el baño es su vivo retrato. Sus compañeros han dado con esas

rimas y es presa de mofas, chanzas, tomaduras de pelo y cuanto chiste ande suelto. Él se toma su café empetrogado, y se presta para lo que sea, total.

La indiferencia y la deferencia de los demás le producen urticaria y ronchas en la cara y en las manos. Hay días en que una cierta palabra que le dirigen o un saludo que no le contestan, le hace salir corriendo hasta el baño y estar ahí horas calmándose a pellizcos en los muslos.

Propenso al desarrollo, el mundo, se despliega y complejiza por encima y por debajo de las casas en donde habitan seres que sólo alcanzan a oír el murmullo inexpressivo del dinero que crece y crece como las aguas del Salado en época de lluvias, peces gordos y ganancia de pescadores.

Él, sin embargo, o debido a, es ajeno a todo, incluso a sí mismo. Se despertenece, mutilado, abandónico, insocial. Pierde, por todos lados, y sólo gana para disgustos, que le salen caros.

Las tapias de la inquina le cercan el paso a donde quiera que vaya. Siempre se ve llevado a tomar atajos y decisiones que no estaban previstas de ante mano en la estratagema que teje todas las mañanas antes de salir a la calle y encontrarse con los caminantes que muerden palabras profundas y espantosas, que después escupen para que él las pise.

De tarde en tarde se deja arrastrar por la curiosidad hasta Nazarre o Nogoyá, y mientras el cordón de la vereda le enfriá las nalgas, oye los gritos pelados de Devoto, sigue el vuelo de las palomas con las panzas llenas de pastillas y cigarrillos. Se sienta y mira el espectáculo en primera fila. Casi nunca lo advierten, pero se da que algunas veces llama la atención y es cuestionada su presencia. Las esposas y novias con la ristra de hijos a la rastra lo corren apedreándolo con insultos y escupitajos. Se ve impelido a correr en bajada por

Desaguadero, detrás de las máquinas infernales que aúllan ele-gías de humo. Una vez a salvo en la pensión, se saca los zapatos, se mira los pies y trata de mover los dedos, inútilmente.

De niño, su juego predilecto era imaginar que todos morían en una guerra nuclear y que se encontraba a la única sobreviviente además de él, y juntos procreaban una nueva raza. Su familia lo veía a menudo corretear por el parque, saltando bancos y cercas. Más de una vez terminaba sus locas correrías en la glorieta de la fuente parloteando como un loro borracho.

La hijita de la cocinera ardía de un amor timorato y mudo. Ella lo veía por entre las polleras de su madre, mientras él se caía y se volvía a levantar, ofuscado por una borrasca que no le dejaba ver las cosas con claridad. Nunca se percató del amor de la negrita, que lo quería bien y que lo hubiera podido salvar, tal vez, salvándose ella también, además, si no fuera porque las cosas resultan de un modo oscuro. La negrita se casaría más tarde con el sobrino del chofer, que le partiría dos costillas y le haría perder un hijo de una sola patada.

Ingresó a los empujones al grupo de Niños de la Acción Católica Nuestra Señora del Mutuo Socorro. Siempre fue un feligrés poco participativo pero temeroso de la ira de Dios. Poco a poco se fue dando cuenta de que estaba perdiendo el tiempo con esa gente que se lo pasaba farfullando en voz baja, rindiendo culto a una sospecha. Se sentía estúpido, arrodillado frente al púlpito, repitiendo hasta el hartazgo mantras inútiles. Todos los domingos tenía que escuchar la perorata meliflua del cura que pregonaba contra las pécoras del mal y mandaba hacer buenos actos. Necesitaba otro tipo de respuestas a las preguntas que se hacía por dentro a gritos desgañitados pero mudos. La última vez que asistió a misa salió corriendo por la nave hacia

la puerta central que se abrió como el mar rojo para dar paso a un hereje, ateo y desinteresado, que estaba abandonando la casa de Dios, y que dejaba detrás suyo, un tendal de malos pensamientos y pecados de obra y de omisión, que se mezclarían y confundirían con los ácaros para ser después inhalados por los que salieran primero, apurados en llegar a ver la carrera, y a sentarse a comer los fideos con pesto.

El tiempo y los días lo fueron trasegando de un lado a otro sin respiro. Ya de chico se desayunó con mate cocido, que las cosas iban a ser difíciles y algo peligrosas incluso. Pero qué hacer sino vivirlas como adormecido.

Cada vez más seguido se encuentra a sí mismo de rodillas, ocupado en buscar objetos y papeles que es posible que no existan. Descubre fallas, pliegues y orificios en la mampostería donde antes no había nada. Dijo a los demás, en rueda de mate y bizcochos, que la pensión estaba envejeciendo y un vendaval de risotadas le despeinó el jopo y lo volteó del cajón de manzanas en el que estaba sentado. Esa tarde se tragó la lengua y se cosió la boca. Hablaría lo mínimo e indispensable y nunca más dejaría resbalar en la charla casual, una idea o consideración.

El cancel lo apresa cada vez que está por salir, y lo obliga a sacarse el abrigo; por eso es que va a todos lados caminando encorvado y hecho una pasa de uva, muerto de frío, dando pena. Esa es la cláusula que el adentro le impone para dejarlo deambular por el afuera. Las viejas aberturas de su pieza lo desvisten, mientras él se aleja palpitando la helada que lo espera en la vereda para calarle los huesos.

Los límites y pruritos semovientes reptan de un lado a otro. A cada paso se le presenta un alambrado con sus varillas y sus púas. Sólo a veces, cuando encuentra una tranquera abierta

por el descuido de alguien, se pone de lleno frente a un horizonte desconocido e inalcanzable.

Dentro del predio delineado por los que mandan y deciden, no hay lugar para gente como él. Eso bien lo sabe y bien se lo han hecho saber los demás. Hay que cambiar el disco porque está rayado y repite el mismo fraseo enloquecido desde hace años luz. Pero su mortificada sombra está acostumbrada a lidiar con los padecimientos y martirios impuestos; se chupa el dedo a escondidas, y ese pezón postizo lo calma momentáneamente.

Más sufrido que Leopardi, pero pésimo poeta, se pasa las tardes de feriados, asuetos y días de desinfección, encorvado sobre un cuadernito, puliendo inútilmente rimas en gerundio o incrustando metáforas desaforadas del sol y la luna. Poco y nada logra, y eso le suma una frustración más. Turulato por la noticia de su carencia de oficio literario, se deja llamar por el bar de la esquina, se sienta a una mesa y llena sus pulmones de humo y resignación. Generalmente sale y se abandona en mitad de la calle para que lo atropelle algún colectivo. Después vuelve a la pensión y duerme hasta las siete de la mañana, momento en el que la pava sudada y rubicunda lo llama a los gritos desde la hornalla de la cocina. Se levanta a la vez que se deshace el embrujo que impera en los sueños, por lo general campos verdes con una niña trigueña que se balancea en una hamaca cantando una bella canción sobre el amor, la felicidad y algunas otras imposibilidades. Después se mete adentro del traje y espera que los mucasines lo encaminen hasta la calle del trabajo.

Se le caen los pantalones adelante de cualquiera, especialmente adelante de mujeres que le gustan. A pesar de estar muy necesitado, nunca deja de fijarse en señoritas bellas y gozosas de salud y por eso mismo inalcanzables. Él también

está inmerso en cuestiones de estilo. Que sea feo y no quepa dentro de los cánones imperantes, no significa que deba amar lo horripilante. A él también lo interceptaban las imágenes de la publicidad y se le meten en el gusto. Se cuelga pues, de las estelas que dejan las mujeres perfumadas tras de sí. Cada vez que pasa una mujer hermosa, él levita unos centímetros. Cierta vez llegó a volar tres metros en vuelo gallináceo, cuando pasó por el barrio una de esas hembras que parten la medianera.

Todas las noches intenta avistar la borrosa constelación de los amores que nunca serán. Allá donde titilan sus anhelos, cristalizados y luminosos contra un cielo negro y profundo como el mar de los caídos.

Él mismo suele nadar en el arroyo tumultuoso conformado por la gente que va de un lado a otro. Entra perfectamente en el molde, y es sujetado como cualquier otro sujeto. Tanto él como los demás, son parte de lo mismo. Todos son categorías del caos que van y vienen, urdiendo los nudos del amor y la nostalgia. Ese es su mundo. Un mundo extraño, donde un colectivo puede ser una fiel metáfora de Dios. Los chóferes vendrían a representar ángeles malhumorados, con la boca sucia, capaces de atropellar a cualquiera que cruce distraído la senda peatonal.

Todos los días al pasar por la plaza, recibe un pelotazo en la boca del estomago. Sufre esa tautología como quien saluda a una vieja.

La risa y el llanto se le mezclan y lo revuelven en una mueca que viene de tan adentro que parece ajena. No se reconoce ni a sí mismo. Sospecha que tiene un mal que está apoderándose de su cuerpo y de su mente. Está inseguro de todo, nadie le parece confiable, tiene mucho miedo. Esa anomalía es el mal de la época.

Sus nervios son una madeja descuajada, que lo mantienen al borde del colapso, dando vueltas sin parar, revolcándose en el drama, tomando Rivotril y cagando sangre.

Como si todo fuera poco, las tardes se lamentan en su pieza, y le babean todas sus pertenencias. Las siestas son más que nada una sinfonía de llantos y dioseos que le impiden hacer cualquier cosa que se proponga hacer. Nunca tiene otro remedio, entonces, que consolarlas y palmearles el hombro hasta que se duerman, acunadas por el vaivén del llanto. Sale en puntillas de pie hasta el patio, corre en paso de ballet hasta el bar de la esquina, y una vez ahí, más de lo mismo, hasta que caiga la noche sobre los adoquines y pueda volver a la pieza a estirar las piernas en la cama y llorar, ahora sí, por las propias miserias.

Las tardes de pobreza le obligaron siempre a escurrir trapos de pisos y tomar esa agua turbia hasta la borrachera, causada por el asco y la repugnancia.

Sus ojos de tabasco le arden cada vez que, desde adentro, la pena empuja para salir, y tiene que hacer una fuerza descomunal para evitar estar todo el tiempo llorando a moco suelto. En la oficina, en la calle, en la pensión, en todos lados es tomado en solfa y para la chacota. Eso explica algunas cosas.

La pieza de la pensión es un osario donde van a parar todos los huesos que no tienen familiar que los reclame. Sus pensamientos más retorcidos y oxidados fluyen por el atanor de sus venas y no lo dejan en paz. Siente una culpa añeja, ajena, anacrónica, enquistada en su ser desde que tiene conciencia.

Va por la calle y se siente señalado y vituperado, porque todos saben, porque alguien les contó, que tiene un padre inútil, cornudo y maricón, y una madre puta y Denver-

gonzada que se pudre todavía, en un caserón tapado por los yuyos, en un barrio que la municipalidad ya no atiende.

Dicen que la vieja se encrema todavía de arriba abajo. Se enchastra la piel de esterilla, con ungüentos traídos del trópico por un farmacéutico del centro. Placebo. El profesional hierva plantas y prepara cremas ásperas que después vende a la vieja por una módica fortuna. Aquellos que fabulan y cuentan la historia, dicen que entrar a la habitación de la vieja, es entrar al vaho de la jungla, de la sabana, del chaco salteño incinerado por las sombras ardientes del encierro. Después de embadurnarse, la vieja se pone todos los anillos que le quedan, y se tira en un sillón a escuchar vinilos rayados del tiempo de ñaupa.

De niño, en una de sus ocasionales escapadas a la plaza de la esquina, llamó su atención una niña de trenzas castañas que estaba sentada en un banco. Sus torpes pasos en el pedregullo hicieron que la niña se diera vuelta y lo mirara fijo, sin pestañear; prueba fehaciente de que no tenía novio. Los ojos de la niña eran un par de cuervos que volaron con el pico abierto hacia su mirada deslumbrada por una pálida belleza jamás antes vista. Ese avistaje fundacional lo perturbaría durante toda su vida. Bien supo después que en la vida de un hombre hay una sola y única mujer que se yergue por sobre todas las demás. Se veían de tarde en tarde. Tímidamente se fueron haciendo amigos, se contaban historias de caballeros valerosos y doncellas desprotegidas. Los dragones trenzaban batallas con caballos alados. Sentía en su pecho un fuego que apenas si podía contener. Una tarde, la esperó sentado en el duro banco de granito, seguro de que esa vez sería la vez de la confesión y la ternura. Ella faltó. Cuando a la semana él la interrogó por su falta a la cita de siempre, ella dijo que necesitaba confiarle un secreto muy secreto. Su corazón le subió

hasta la garganta y dejó de latir por unos segundos que parecieron una eternidad. Estaba enamorada de él, pero sus padres habían muerto y se iba a vivir con unos tíos a otro país, a otro continente. Un indicio más de que sus cosas estaban mal entramadas. Por supuesto que no la volvió a ver nunca más.

Su propio padre lo llevó un día hasta el manicomio, para que viera por última vez a su abuelo, antes de que lo desconectaran para siempre. Después, como consuelo, le compró un panchito, porque según pensaba, la comida apaga las penas o al menos las pospone para cuando se haya hecho la digestión.

Durante un tiempo fue pupilo de un internado que quedaba en las afueras de la ciudad. Un colegio viejo y frío que en nada se diferenciaba a la casa paterna. Ahí los demás internos lo trataban tal cual lo trataban sus hermanos en la casa.

Un ujier desgañitado intentaba acallar el bullicio a golpes de bastón en las cóncavas estepas del patio cubierto.

Un preceptor sordo y degenerado componía en el cuaderno de comunicaciones madrigales reglamentarios que describían las conductas perpetradas por el alumnado. Esa tarea era su única obsesión. En esas esquelas, dirigidas a los progenitores de los pequeños sabandijas, se detallaba el origen psicológico de los vástagos abandonados.

El director era un sargento retirado de las Fuerzas. En el internado tenía semáforo verde para hacer a su placer, ya que nadie se acercaba a las inmediaciones de ese pozo ciego lleno de locos imberbes y desquiciados. Aquellos transeúntes distraídos que olvidaran cruzar de vereda y pasaran cerca de la verja, recibían un baño de esperma recién eyaculado desde los escrotos de los internos.

Todos sus sábados son el mismo sábado sin plata ni plan. Sale a tontas y a locas a ver si algo le pasa. Molesta travestís que lo matan a patadas. Pide amablemente que le fíen y después de tres o cuatro fracasos, los insulta en correcto castellano. La noche se le inyecta en las venas y necesita por todos los medios descargar la tensión que le produce la necesidad de la carne. Termina como siempre, en su pieza, borracho y con la simiente derramada en la palma peluda de su mano izquierda.

Una madrugada se sacó la ropa a oscuras y se metió en la cama. Sintió que unas manos sanitarias le recorrían el cuerpo y que en una sola carraspera le decían palabras sucias y prohibidas.

Se dejó hacer porque de otro modo hubiera corrido sangre, la de él. El amor hace tratos y contratos con la violencia. Amores que son tractores topadores que arrasan con todo. Ella le dio a probar el mejor de los manjares a un célibe desgraciado. La jugosa vulva le comió la boca de finos labios, mientras le susurraba chanchadas al oído. En aquel tiempo no le importó otra cosa que la morena de firmes carnes que caía a la madrugada por la pensión y se iba al otro día a las siete de la tarde. Ella entraba a la pieza y se relajaba. Era feo, pero tierno y tranquilo. Le daba lo que se notaba que el pobre necesitaba y después a dormir como una gata al sol. Duró sólo unas semanas pero antes de irse, supo que había hecho la obra caritativa más grande del mundo. Dar calor a quien lo necesita a cambio de un poco de tranquilidad. La encontraron al otro día con tres puñaladas en el estomago. Se lo contaron en el café de la esquina, socarronamente y de coté, con voz nasal y canchera.

Sufrió un poco más que los demás, pero al tiempo la olvidó como se olvidan todas las putas.

La policía nunca lo llamó para ningún interrogatorio. El deseaba internamente que lo encarcelaran por un crimen que no había cometido. Pero no. Nadie sospechó de él, aún a sabiendas de que ella había aparecido varias veces por la pensión.

De niño jugaba siempre a un juego que consistía en tener una costilla quebrada o un ojo morado. Otra no le quedaba, tenía que conformarse con lo que le pasaba. Siempre salía último en todo. Perdía o lo hacían perder, que a lo fines prácticos era lo mismo. De todos modos casi nunca lo llamaban para jugar. Era feo y desagradable para las chicas, y pata dura y bobalicón para los chicos. Mayormente andaba solo, arrastrando los zapatos agujereados, pateando piedras y naranjas amargas.

La estéril voz de las viejas chusmas, no lograba decodificar y convertirse en reproches, imperativos y futuros castigos. Tenía una égida contra viejas chismosas. Eso le dio, en la infancia, cierta tranquilidad cada vez que iba al kiosco a comprarle cigarrillos a su madre, bajo un sol que rajaba la tierra. Nunca las escuchó. No las tuvo en cuenta para nada a la hora de ser un infeliz. Le dolía el mundo entero, menos las viejas acodadas a la ventana con la escoba en la mano, acechando a diestra y siniestra como un paparazzi, con tal de obtener, a cómo fuere, una primicia. Ellas eran las únicas inocentes de la infelicidad del monigote torpe y triste que ya era de chico. Tal vez las cosas ocurrieran por un designio superior con arreglo a un orden. O también es posible que todo dependiera de la fusión entre miles y millones de intereses contrapuestos y

entretejidos. La casa se caía a pedazos, y sus habitantes también. Le daban miedo sus padres y sus hermanos. Tuvo que retrotraerse para no enloquecer. Demasiada sensibilidad.

A cada rato siente que se le cae el cielo encima.

La gente del barrio le huye porque lo cree yeta. Su deseo es una cerradura, abandonada al triunfo del óxido y la herrumbre. Lo acometen tremendas huelgas de hambre que le producen una anemia de padre y señor nuestro. Queda propiamente como un galgo, puro piel y huesos. Todas las situaciones se le hacen insostenibles, por eso mismo, justamente, no sostiene ninguna situación.

Tiene la boca más amarga que la lejía. Eso se supo porque una mujer, cumpliendo vayase a saberse qué asquerosa promesa, lo tuvo que besar con lengua y todo. Ésta propagó el chisme y las putas ya no lo quieren besar, ni pagando.

No le quedó ni una sola foto de la infancia. Sus cosas se estropearon cuando la inundación del ochenta, y la madre tuvo que tirar todo para evitar que se los comieran las ratas. De todos modos igual las ratas se los comieron, así que una vez más el destino no pudo ser evitado.

Los dibujos, el trazado fotográfico de su historia, algún poemita melancólico de la niñez, todo a la basura. Por eso es que perdió esa lucidez de la infancia, por no quedar señal de ella.

El asma de los tiempos le recortó la cara en un gesto siniestro y oscuro. Dios nos libre y guarde de los trastornados de la humanidad. Todo lo ruin y maléfico de su historia se le encarnó en el rostro ampuloso, en las orejas en punta, en las sienes contraídas. Todo lo que siente y padece se imprime en los gestos desfigurados de su particular semblante lombrosiano.

Y bueno, ahí anda todavía, y va seguir andando, de la misma manera, arrastrándose, dando lástima a seres angurrientos que no reparan en él más que para recordarle que no es uno de ellos y que fue distinguido con una existencia miserable y mundana. Está solo y acabado. La soledad es no tener a quién encomendarle el alma.



NICTÁLOPE

*Nombre y apellido y documento, cuerpo y alma y nacimiento
cara y número de impuesto, si existir.*
Existir. Horacio Ferrer

¿Quién entiende?, ¿quién conoce el palo, el ambiente?,
¿quién sabe lo que dice?

No conocemos absolutamente nada. Estamos condenados a la ignorancia absoluta. Y no es olvido, es ignorancia. Y aquello mismo que pensamos, que retenemos en la memoria, es también olvidado gradualmente, tal vez en modo inverso al aprendido.

Hay una clara desaprensión de nuestra propia historia.

No sabemos nada, somos una minúscula parte de algo, una insignificancia total, universal, plena en su inconsciencia de existir.

De todas maneras, más allá de lo antedicho, a mí me gusta esto que siento. Esta sensación de no saber ni dónde estoy parado. Eso me pone de pleno contra las cosas. Me motiva, me vigoriza. Estoy totalmente seguro de que no valgo nada, de que soy pequeño, de que no doy pie con bola, de que no se me necesita, de que nadie me quiere y de que soy una basura elemental, orgánica, en descomposición.

Yo tengo un atributo, y es ser egoísta, ¿qué hay de malo en querer para uno lo mejor? Las cosas se acomodan dentro de un caos estipulado. Yo soy mi yo mismo, el único ser vivo que sabe lo que es ser yo. Tantas noches desperdiciadas preocupándome. Y un día, como si nada, descubro en el espejo mi reflejo, mis ojos ciegos, mi rostro desfigurado. Entonces todo cambia y gira el eje de la comprensión. Me acepto tal cual soy, en conocimiento de todas mis atrocidades.

Somos carnívoros, nos gusta la sangre y el descontrol. Pero hay que saber frenar a tiempo. Se entra y se sale, se entra y se sale, constantemente.

Tantos y tantos habemos. Se deja para mañana, se pierden los estribos, se sufre para adentro, se envidia lo ajeno. La necesidad empuja siempre hasta encontrar salida. Se aprende a vivir, se contemporiza, se cumplen ciertas cláusulas, hasta que un día.

Cuántas maneras distintas tenemos de pensar en nuestras cosas. Tiramos de la cuerda siempre para el mismo lado. Tarde o temprano los cuerpos salen a flote. Las cosas terminan siempre en un lugar inesperado. ¿De qué hablo?, ¿de qué hablo? ¿En dónde encaja todo esto? Qué me importa a mí, si yo no jodo a nadie.

Tengo una mosca personal que me zumba al oído el odio que se me olvida. Razono con mi espíritu y pienso con el

choto. Tengo diez emisoras que trasmiten en diferido y discuten sobre lo que tengo que hacer. En algunas se habla de deportes que no hago, de políticas que me olvidé, de mujeres que ya se fueron, de las múltiples necesidades que tengo y que no satisfago.

Cuando el cuerpo pide hay que parar la rosca, porque sino se falsea. También es posible pegarle hasta el fondo y no aflojarle nunca. La conciencia no me alcanza, necesito hacer cosas de las que se me pueda culpar.

No estoy sindicado, no figuro en los padrones, estoy más solo que Dios. Soy un topo socavando la noche, un murciélagos herido, un gato salvaje, un búho rector. Yo soy el nictálope, hemerolopa insomne, sobrevuelo los desvelos de la ciudad. Apócrifo heresiárca, cleptómano y reincidente. Soy crónico y autorregulado.

Agarrotadas las manos, entumecidos los pies, total parálisis ante el peligro absoluto. Inmóvil, incapaz, inerte, entregado, sin plata y sin fe. Así me encuentra el miedo cada vez que me agarra. No abuso de su uso, no juego si me estafan, recapítulo si hay que capitular. Bajo la luna, organizo mis mentiras más estrañalarias, las variables que hacen que siempre pueda zafar. Me rifo en aciertos y sé perder con tranquilidad, porque si la cosa cuadra, siempre hay uno que puede más.

Así va a ser siempre conmigo, nada hay que pueda hacer. Cumplimento firmemente con mi estirpe putrefacta. Arrepentido, ni muchos menos. Me gusta puertear con tres deditos secos; tirar a la marchante; gastarme todo el sueldo en cosas que se esfuman; y rendirme ante el menor desplante; estirar dos semanas para volver a empezar. No creo en mis desmayos, son sólo pantomima, estuques magistrales que me ayudan a vivir. Los dogmas en que creo rigen mi comporta-

miento bestial. Yo veo lo que algunos ni siquiera sospechan. Hago mis maniobras con ademanes grandilocuentes, mis brazos son las aspas de un molino italiano. Practico mis costumbres más pornográficas bajo la impudica mirada de los que cogen mal.

Yo vivo en las cariadas fauces de la nada, en donde insípidos ciudadanos ciegos, sordos y mudos festejan para siempre la pérdida de la libertad. Anclados en lo inexplicable, cabecean su sueño artificial, se comen las uñas hasta la medialuna, manchan de sangre sus documentos de identidad. Borregos sempiternos enajenados hasta el tuétano, mastican saliva añeja y chupan siempre el mismo cigarro bajo el rebufo agrio de un vino rancio. Son los hijos del recuerdo y los padres del olvido, se juegan hasta las medias en loterías de TV. Viven, si eso es vida, en palomares, hacinados en su propia desigualdad. Se creen parte de un asunto que no entienden, se pelean por cualquier cosa y se dejan cagar como de arriba de un palo. Son imbéciles vencidos que aceptan la poca paga, compran lo que se les vende, y mueren creyendo que hay otra vida en la que la pasarán mejor.

Los colores son simples conceptos que ignoro, yo canto para el adentro de la profundidad. No creo en nada ni en nadie, desconfío de todo, nunca digo la verdad. Tengo un único libro mugriente, que llevo conmigo aunque no lo pueda leer. Lo abro en cualquier página, toco sus letras, les paso la lengua, y es otro el reconocimiento que tengo de las cosas. Eso es lo que me lleva a esclusas de la nada, a desentrañar la entraña, el nudo de la cosa. Se viven vidas muy esquematizadas dentro de la propia piel. Cada uno es una célula diminuta en el organismo gubernamental. Se pretenden camarillas, logias, conjuros para jugar siempre al siete hasta perder la juventud.

Yo busco incansablemente, me la paso revolviendo cajones, moviendo escritorios, buscando cosas que nunca tuve.

Vandálico y bárbaro: parezco peronista pero no soy ni siquiera radical. No tengo afán ni conciencia, hago las cosas sin pensar. La vida corre trágicamente y yo me rió, me cago, me muero de risa, exploto en una carcajada agonal. Revientan mis arterias, se destrozan mis venas, y chorreo a borbotones una sangre extrema, nocturna, seminal. El miedo o lo que fuere, los adormece, se quedan sentados viendo la televisión. Me importa tres carajos que piensen o sientan: idiotas inconclusos, ordinarios, simples, indefinidos, débiles, dominados. Yo, con mis ojos de blindex espejados los miro desde mi panóptico personal y concluyo en que la causa está perdida.

Trabajo en el subterráneo, como corresponde. Con autógena o especies de autógenas se pueden soldar metales, hierro, bronce, plata, oro, aluminio. La mezcla de oxígeno y carburo, genera una llama de varios grados centígrados. Se derrite el metal que se quiere utilizar para la sutura. Si se necesita soldar un caño pinchado que conduce agua, lo mejor es trabajar con bronce.

Mi experticia nocturna es lo más confiable que tengo. En el papel albino de mi piel translúcida se inscribe mi catástrofe personal. Las marcas añejas, los tajos de cuchillo, las malas afeitadas al ras. Mi cara es un mapa que no conduce a nada, no hay caminos ni rieles, ni ríos, ni voluntad.

La narcolepsia me muestra mundos maravillosos, paralelos, deformes. La ciudad de alabastro, de negra roca volcánica, de brea ardiente, es la celda que mejor me contiene. Anacoreta, gregario, iconoclasta. Me muestro sutilmente en la negra ausencia de la noche cerrada.



EL INDIGENTE

El indigente, en cuclillas, apoyado, contra una pared, piensa, que todo lo que piensa, nunca será oído, por persona alguna.

El indigente, envuelto, es sus ropajes: jirones podridos, que tapan, el estropicio, de su piel llagada.

El indigente, piensa, mientras pita, el cigarro, mangueado, y sorbe, lentamente, el humo, que en toda su perra vida, jamás se sintió tan solo. Piensa, el indigente, que debe haber sido grande su pecado, para estar, hoy día, penando, tan miserablemente. Esto lo piensa, al mismo tiempo, que, se rasca. El picor, continuo, penetra, su carne, muerta.

El indigente, se soba, repetidamente, el escroto, y mira, a través del humo del cigarro, más allá, del tiempo. El indigente, apaga el cigarro, mangueado, y lo guarda, en un bolsillo, del saco. Antes, de apagar, el cigarro, mangueado, prende, con la brasa, la hornallita, del calentador. Es hora de engañar al estomago, con unos mates, piensa, el indigente.

El indigente, chupa el mate, mientras mastica, junto con las yerbitas que pasan por la bombilla rota, algunos recuerdos, que lo transportan, fuera del tiempo, resinoso, en el que está, pegoteado.

El indigente, vive al día, pero, a veces, piensa, en el mañana. El indigente, cree, y descree, que la vida, que lleva, se acabará, algún día. El indigente, piensa, ingenuamente, que, quizás, una mañana, despierte, en una cama, con una mujer, a su lado, y que quizás, piensa, no sea dificultoso, abrir el grifo, y pegarse una enjuagada, que le saque, de una vez por todas, la mugre, que tiene, adherida, como una segunda piel.

El indigente, se limpia el culo, con el papel de diario, que tuvo la precaución de ajar. El indigente, piensa, que no se acuerda cuándo fue la última vez, que apretó un botón, o que tiró una cadena. Piensa, el indigente, que la última vez que usó un baño, debe haber sido, en un bar, o, en una estación de servicio, cuando todavía no era tan revulsivo, y los empleados, lo dejaban entrar, de favor.

El indigente, consulta, con la mirada, su reloj pulsera, que da las nueve, pero sabe, por el sol, que ya es mediodía. Lo sabe, por el sol, y por el dolor de tripas. El indigente, entiende, que la costumbre de su dolor de tripas, de tanto doler, ya no duele. Hay noches, en las que el aullido de sus tripas, se confunde, con el maullido, de los gatos, en los techos.

Mientras el indigente, piensa, se incorpora, y estira los músculos, de las piernas, enjutas. Toma, después, de apagar la hornallita, del calentador, la bolsa de arpillera, y se dirige hacia la calle, trasera del hospital, donde, se encuentran, los contenedores, con las sobras, que le dejan, los enfermos.

El indigente, piensa, mientras roe, el hollejo, de una pata, de pollo, que es algo así como un hombre inmortal, y reflexiona, sobre las ventajas, que tiene, el hecho, de comer las sobras, y, las inmundicias, que encuentra, en la basura. Su organismo, piensa, el indigente, está preparado, después, de tanto tiempo, de vivir, en la calle, y de comer, poco más que mierda, para soportar, y asimilar, toda clase de alimentos, que, culturalmente, son entendidos como desperdicios.

El indigente, piensa, en que deberá organizarse, para que no lo madrugue, el invierno. El indigente, sabe, que deberá moverse del puente, para salir a buscar ropa, más abrigada, para cuando el tornillo, apriete, hasta el caracú.

El indigente, piensa, en su nombre. El indigente, piensa, en cuál será, su nombre, de todos aquellos, que, le atropellan la memoria, cada vez que, quiere, recordar, su nombre. El indigente, piensa, que tampoco sabe, los años, que lleva, vivo. El indigente, sabe, qué día nació, pero, no recuerda, el año, entonces, piensa, que si no logra recordar, el año, de su nacimiento, la fecha, sin ese año, es un dato nimio. El indigente, piensa, y se pregunta, si no se estará volviendo loco.

El indigente, busca, en el bolsillo, del saco, la mitad del cigarrillo, mangueado, que había guardado, unas horas antes. El indigente, piensa, que deberá conseguir, una caja de fósforos, o al menos, un encendedor. El indigente, piensa, en eso, y piensa, además, que, el tiempo, ya no importa. El indigente, piensa, que, el tiempo, es, una palabra, que nombra, muchas cosas. El

indigente, piensa, que, el tiempo, es, una palabra. El indigente, piensa, que, el tiempo, es una palabra, que, siempre, se escribe, o se dice, igual. El indigente, piensa, que, el tiempo, no importa, porque, los días, son, largos, lentos, laxos, miserables. El indigente, piensa, que, el tiempo, es una mierda. El indigente, desea, un tiempo, sin tiempo. Un tiempo, en el que, todo, lo que ocurre, no ocurra. Pero, lo vuelve a pensar, y advierte, que, su deseo, ha sido, concedido. Porque, piensa, el indigente, que, el tiempo, en el que, vive, es un tiempo, muerto. El indigente, piensa, cree, y sabe, que, su vida, no vale ni dos centavos. El indigente, piensa, cree, sabe, que su vida, no tiene importancia, para nadie. Entonces, piensa, el indigente, que, si, su vida, carece, de importancia, y, si nadie, repara, en su presencia, o si, los demás, hombres, y mujeres, tratan, de ignorar que, él está ahí, agachado, con la espalda contra la pared, bajo el puente, fumando, y comiendo, basura, mientras, pasan los colectivos, es posible, que, efectivamente, él, no exista. Si no quieren verlo, pues entonces, no lo ven. Si lo niegan, lo convierten, en nada. El indigente, sabe, que, la realidad, es una construcción, del inconsciente. Piensa, en eso, el indigente, y una sonrisa, que es tan sólo una mueca, de dientes podridos, se le asoma, por la boca, y el cigarrillo, podría caérsele, pero, no se le cae, porque, está pegado, al labio inferior, por una saliva, tan espesa como su propia mirada, turbia, acuosa. Piensa, el indigente, que es un hombre, aunque, no lo parezca. El indigente, piensa, que pensar, es, una pérdida, de tiempo, y entonces, abandona las cavilaciones, para cebar unos mates, y leer, el diario, viejo, y así, distraerse, de esos pensamientos, sin sentido, que, lo transportan, a un tiempo, sin tiempo, pero, que, nunca, jamás, dejará, de ser real, y de contenerlo.

El indigente, siente, deseos, de orinar. Mientras siente, deseos, de orinar, recuerda, la primera vez, que, de noche, acostado, después de que unos mendigos, lo molieran, a palos, descontrajo la vejiga, y se orinó, encima. Sintió, cómo el líquido, caliente, empapaba, su piel, y su ropa.

El indigente, piensa, que, su vida, cabe, en una bolsa, de supermercado.

El indigente, recuerda, una noche, aciaga, cuando, mantuvo relaciones, con una vieja, casi muerta, bajo unos cartones, en una cortada, entre dos contenedores, de basura.

El indigente, palpa, en su cuerpo, el tumor del recuerdo. Desenvuelve, el esparadrapo, que, cubre, las pústulas, del tiempo, carcomido, por el oxido. Una mujer que, lo deja; cartas, de amor, no correspondido; la instancia de un juez; la decisión, de abandonarse, a la noche, cariada. Dos, o tres palabras, sucias, proferidas, por la boca, amada. Una historia, como cualquier otra, piensa, el indigente, mientras, mastica, un cacho, de pan, duro.



DON VICENTE

Don Vicente vivía en la misma casa desde siempre. Ahora, tan luego, eso no se ve, es muy difícil que la gente no se cambie de casa cada dos por tres. La morada del viejo era un caserón del veinte que se venía abajo. Casa chorizo con patio en damero y galería cubierta. Techo de chapa, perfecto para las siestas lluviosas. Vivía solo, refunfuñando en calzoncillos todo el santo día. Se lo podía ver desde la vereda, que estaba separada de la huerta nada más que por un alambrado sin ligustro ni enredadera. No se le conocía familia ni descendencia. Estaba solo como un pino seco. Casi ni salía, y

cuando salía mucho no se le podía sonsacar porque Don Vicente no hablaba con nadie. Se manejaba con una soltura cadenciosa y muda. Se comunicaba generalmente a través de gestos, mediante señas, monosílabos u onomatopeyas, que eran más bien un gemido.

El asunto es que Don Vicente era un misterio para el barrio, por eso lo tuvimos que matar. Muerto el perro se acabó la rabia, pensamos. Pensamos y nos equivocamos. Pensamos que su muerte nos exorcizaría del misterio, pero no hizo más que agravar esta condena de no poder dejar de pensar en ese viejo miserable y sucio.

Fue una catástrofe para todos. Cada uno de los que participaron del asesinato fingió religiosamente no saber nada de la vida del viejo; cuando en realidad estuvimos acechándolo hasta el hartazgo, aprendiendo al dedillo todas sus mañas y costumbres.

Temprano o a última hora, uno se va dando cuenta de que es tarde para casi todo. Es así, sin más ni más. Ese viejo de mierda, nos enrostraba, sin saberlo el pobre, lo que a todos nos esperaba: una vida sin triunfos, sin verdadero placer, sin auténtica felicidad. Una vida de renunciamientos y de fracasos ininterrumpidos, una vida sin sobresaltos ni revoluciones. Entonces: el único hecho que pudo justificar la vida de cualquiera de nosotros, fue ocultado bajo capas y capas de rutina y falseamientos. Lo único verdadero y terrible que hicimos, lo negamos casi casi con la misma obsesión con la que lo realizamos. Éramos una pequeña célula humana que había logrado matar sin concesiones. Logramos desbocar nuestro civismo, y comprendimos el verdadero tamaño de la proeza. Pero decidimos ocultarnos bajo un manto de fingida cotidianei-

dad. Todos podríamos haber modificado las hipócritas idiosincrasias que nos imponemos para no descollar, para seguir formando parte constitutiva de un todo uniforme. Pero no. Matamos al viejo y después, por miedo o por culpa, no hicimos otra cosa que dejarnos estar, esperando a que llegara la hora de pagar las cuentas. Pensamos que las hordas infernales nos cobrarían, llegada la hora, las felonías cometidas. Seguimos viviendo de la misma manera. Un poco más circunspectos, fingiendo dolores y bostezos, no viendo la hora de llegar a casa, sacarnos los zapatos y encender la tele.

Don Vicente iba a contra mano de todo. Y eso nos tenía como locos. Cenaba a las siete y se acostaba, para levantarse a las tres de la mañana y ya andar jodiendo en el patio, arrastrando cosas, silbando como un canario. Nuestra memoria está plagada de recuerdos en el patio del viejo. La pasábamos bien. Por eso es más significativo que hayamos hecho lo que hicimos.

Cada tarde, a eso de las seis, cuando empezaba a caer, en nuestra percepción, el sol, nos daba a los más pequeños en una bandeja negra y abollada, rodajas de pan humedecidas en agua en donde se disolvían granos de azúcar. Eran tardes cabales, supongo, para nuestras mentes de niños. Mientras devorábamos ese manjar, al viejo se le daba por chiflar alguna canción perdida, que naturalmente desconocíamos; a la vez que desyuyaba y carpía la huerta con la azada Gherardi. Creo que fueron tiempos felices. Éramos chicos, y en la cabeza de un chico casi todos los acontecimientos son extraordinarios y contundentes. Ese viejo mugriente se quedó en el recuerdo de todos como una espina que supo acomodarse en un pequeño callo plantal. Aprendimos mucho de él sin saber lo que

aprendíamos. Todavía hoy nos siguen cayendo algunas fichas de todas las cosas que el viejo nos dijo sin tener necesidad de abrir la boca. En la casa de él éramos auténticos, hacíamos lo que más le gusta hacer a un nene: pensar mil locuras sin culpa ni temor. En su casa mugrienta, llena de chatarras y galgos muertos de hambre, pudimos encontrarnos con nosotros mismos y con los misterios que el viejo nos inspiraba. Pero ya se sabe cómo es todo: manuales, iglesia, escuela, penitencias, sopapos; los aparatos del estado, las prácticas de la dominación. Nosotros ahora, como era de esperarse, hacemos exactamente lo mismo con nuestros hijos.

Se tejieron mil conjeturas sobre la vida y las experiencias de Don Vicente; ninguna corroborada, todas creídas a pie juntillas. Así son las cosas y así es la gente. No importa lo que se haga, uno está condenado de antemano, ¿a qué engañarse? Es muy pero muy difícil cambiar aquello que el prejuicio demarca. El viejo estaba loco de atar pero eso no era razón suficiente como para hacerle lo que le hicimos.

Lo que cuento lo cuento porque a esta altura ya es puro cuento, y porque los narradores suelen salir ilesos de las historias que versan. Contándolas, las cosas pierden peso. Quizás se gane en matices y hasta el narrador pueda lucirse con algún floreo, pero lo que se dice de un acontecimiento, lo que trasciende de boca en boca, se aliviana irremediablemente. Una cosa es el hecho en sí y otra cosa muy distinta es lo que se cuenta de ese hecho. Nada hay mejor que estar en el momento preciso cuando una cosa ocurre. Cada vez que alguien cuenta algo, cualquier cosa, sea lo que fuere, sabe, tanto él como sus interlocutores, que está participando de un velorio. Decir cosa

alguna respecto de éste o aquel hecho, es asunto de sepulturero. Quien cuenta, mata. Quien escucha, olvida. Debe ser por eso que me animo a revolver toda esta mierda. Pareciera que, contrariamente a lo que vengo explicando, Don Vicente reviviera en cada frase que lo nombra. Cosas raras de la vida y de la muerte. ¿Qué se le va a hacer? Cada vez que rememoro los acontecimientos que nos condujeron a borrarlo para siempre, sin saber que perdíamos el tiempo y nos equivocábamos, siento la penetrante y misteriosa mirada celeste pálido de los ojos del viejo, que me mira y algo sé que me quiere decir pero no lo entiendo o no quiero entenderlo.

Don Vicente se despertaba de madrugada, se calzaba las alpargatas deshilachadas con largos bigotes de yute y se iba chancleteando hasta la cocina a prender la garrafa, sabiendo que ese día iba a ser igual a los anteriores y a los venideros. Y esa sola meditación lo dejaba hosco y reflexivo durante lo que restaba del día; hasta que se acostara a masticar con los pocos dientes que le quedaban, las duras monedas del fracaso y la pesadumbre.

Nos daba miedo ese viejo profundo, quieto y putrefacto. Decimos tener sed de conocimiento pero sólo nos animamos a conocer lo que ya sabemos. Sentimos terror de abandonarnos a la trabajosa tarea de aprender. No nos gusta que nos cuenten el final de las películas, queremos descubrir al asesino porque ya sabemos quién va a ser. Nos gustan los finales felices, encender la luz y las pólizas de seguro. Él mismo se cavó la fosa siendo tan hurao y seco. Cómo no temerle a semejante persona que piensa, piensa, y piensa y no sé sabe qué. Dios existe porque es incierto. Don Vicente, sin saberlo ni quererlo, nos tenía bajo su férula. Éramos presos de una incógnita, de algo que teníamos y

debíamos dilucidar. La muerte, la mayoría de las veces, ayuda a despejar algunas equis. Pero matamos al viejo. Don Vicente murió, y sin embargo o tal vez por eso, la úlcera gangrenada que nos carcome por dentro crece y crece cada día. Menos mal que existe la negación, que si no.

La cotidianidad nos hace predecibles pero también seguros de nosotros mismos. Pelados que se creen leones melenudos, gorditos comprando pantalones de dos tallas menos, viejos a la moda, así es la grey a la cual pertenecemos. Entonces estamos confiados de que vamos a sacar la lotería, de que vamos a ser descubiertos por algún productor importante de la televisión, de que nos va a ir bien, de que no podemos fallar, porque ahí sí que ya no sabremos para qué lado agarrar. Cuando uno se mira al espejo y el espejo devuelve un rostro pálido, ojeroso, ajado, se nos cae el cielo encima. Por eso nunca vamos a poder permitirnos los unos a los otros ser como cada uno quiera ser. Hay que cumplir un patrón, andar por un mismo andarivel, acatar normas y respetar señales. Somos lo que debemos ser, y no somos nada. Arquetipos fallidos que sueñan y mueren sin haber satisfecho un mísero deseo verdadero e individual.

Una sola y gran carcajada podrida sonó en el velatorio de Don Vicente. Nunca pudo saberse quién se burló de esa manera, del viejo y de todos. Cada uno de nosotros quiso reír así, pero no pudimos más que ponernos un traje oscuro e ir a la cochería con rostro compungido y gris.

Hay extremos y hay medios. Hay grises, blancos, negros. Hay distintos modos de ver, por eso todos podemos decir algo de cualquier hecho. Siempre estaremos mintiendo o inventando. Así que cualquier cosa nos está permitida.

Pensamos y lo que pensamos lo tenemos que escupir lo más lejos posible. Nos vemos en la necesidad y en la obligación de buscar a alguien a quién contarle nuestros pareceres. Eso mismo me ocurre y por eso estoy diciendo lo que digo. Por lo expuesto, entonces, puedo decir que en el homicidio hay dos formas de no ser descubierto: una, si el número de los que participan y saben se reduce a uno; la otra, cuando son tantos los culpables y los cómplices que culpar a uno sería culparlos a todos. Por eso seguimos libres, porque ya no queda nadie que tenga una razón verdadera para encerrarnos. De uno u otro modo todos matamos al viejo, ya sea asestando el golpe, viendo o callando.

El cielo está despejado, y la historia sigue nombrando a los que ganan con nombre, apellido y cargo, y sigue envolviendo en un manto de generalidad a los que pierden. Completo y en letras grandes se inscribe en su lápida el nombre del conquistador, en cambio los conquistados son ganado muerto secándose al sol a merced de los chimangos.

Todos unidos por una causa en contra de algo. Somos carne echada a perder, cuerpos en decadencia, algo que se degrada, y sin embargo buscamos desesperadamente la continuidad ciega de los días que nos traen fracaso, limitaciones, muerte, oscuridad. Todos unidos por una causa en contra de algo que no existe. Hace siglos que perdimos el paradero de nuestro destino. Jugamos y no queremos abandonar el juego porque nos suicidariámos en masa si viéramos el tamaño real de lo verdadero. Yo hablo como si todo lo supiera. Esa prepotencia, jactanciosa y llena de vanidad es parte del engaño, es decir, del juego. Yo también estoy jugando a ignorar las circunstancias. Todos, sin exclusión alguna, estamos dentro de un gigantesco juego de la oca del que no queremos, y a esta

altura, no podemos salir. Las piezas calzan, lo cóncavo se ajusta a lo convexo y así estamos, fritos y hasta la pera.

Es distinta la realidad de la vida que la percepción de esa realidad. Entonces claro, cómo el viejo no nos iba a parecer un misterio peligroso, si la percepción nos señalaba al enemigo, porque deseábamos y necesitábamos imperiosamente odiar a alguien, a cualquiera, y ahí estaba el viejo, arrastrándose, delante de nuestros ojos rojos de furia retenida durante tantos años.

Don Vicente hacía sus necesidades en el patio, igual que sus perros, a pesar de tener un excusado a mitad de camino, entre la casa y el galpón de las herramientas. Pero no. Algo lo obligaba a ir contra las normas más consensuadas de la sociedad y del barrio. Sus comportamientos eran su propio estigma. Había que eliminarlo como se han eliminado tantos a lo largo de tanta historia repetida. El hacía sus malabares sin importarle siquiera que lo miráramos. Bastante lejos había llegado. Nosotros no hicimos más que seguir un impulso que nació de muy adentro del afuera, y que cerraba sus pliegues para adentro, como la piel del ombligo. Esos comportamientos nos cambiaban el ánimo. Nos carcomía de rabia que anduviera por la calle con ese olor a intemperie.

Fumaba siempre el mismo puchón apagado, nunca nos miraba a los ojos, porque los parpados se le habían caído hacía rato. Las arrugas le habían deformado el rostro y ya nadie recordaba su verdadero semblante; parecía que Don Vicente siempre había sido viejo. Entre nosotros pocas veces hablábamos de él. Era un secreto tácito. Nos entendíamos con solo mirarnos y encontrar en el otro, el mismo gesto de asco y de indignación.

Uno entra al barrio y siente que huele diferente. Por supuesto que nosotros no lo notamos porque estamos acostumbrados. Pero parece que es así, porque si nos vamos, al rato tenemos que volver; afuera no nos quieren, no encajamos en ningún otro grupo. Salimos del barrio, hacemos lo que tenemos que hacer, y volvemos con la cabeza gacha y carajeando entre dientes.

Matar al viejo iba a ser como quemar una biblioteca que contuviera documentación que nos comprometía. Debíamos ser fríos y profesionales, si queríamos salvar nuestro pellejo. Don Vicente vino a ser el chivo expiatorio por donde intentamos purgar nuestras faltas. Matándolo a él, a un solo hombre, salvábamos a muchos otros, a muchos. Hay quienes nacen para el sacrificio y hay quienes no.

El viejo era bueno como sus perros. Sucio, flaco, callado, pero bueno, y nosotros lo sacamos a un lado con un palo, como a un animal. Yo mismo ¡cómo me arrepiento!, con estas manos, le di hasta el fondo sin respiro. Daría lo que no tengo, que es mucho, por retroceder en los días y evitar todo. Pero no puedo y me duele. Ya no puedo dormir. ¡Que me devoren entonces ferozmente las fauces de la muerte!

Se lo veía poco en la calle, como ya dije, pero cada vez que entrábamos a su casa no se podía caminar de las porquerías que el viejo arrastraba hasta la galería techada.

Los días de lluvia corríamos, nos sentábamos en silencio en la galería, y oíamos correr el agua por la canaleta, que desembocaba en el patio e iba a dar directo, por un surco, al cantero contra la medianera, mientras el viejo fumaba, mudo,

su cigarrillo apagado. Ese era un placer que aún hoy, después de tanto tiempo y de tanta vida, añoro hasta las lágrimas.

Y estamos nosotros, los que creemos saberlo todo porque podemos comprar un auto y pagar el seguro todos los meses. Tenemos en el botiquín, dentro de un frasco, embebida en formol, nuestra sonrisa falsa, chupada para adentro como el ojo del culo. Nos vendría tan bien un suspiro ruidoso, un gran bostezo con la boca abierta, un pedo en el colectivo, mear en el escritorio del gerente, vomitar en el bar o matar a nuestra mujer. Pero no, todo el alcohol que logremos meternos se irá más tarde en el acto reflejo de apretar el botón.

Las viejas crucificadas a la ventana desde temprano, lo miraban de soslayo, desaprobando todos y cada uno de los movimientos de Don Vicente. Los pibes, en la vereda, jugando a la agarrada o a la pelota presentían el profundo y mudo llamado de la casa del viejo. Todos sabíamos que algo trascendente iba a pasar. Y pasó nomás.

Siento un peso menos ahora que puedo contar todo. Me siento menos culpable. Casi casi absuelto.

Es un mundo sin variantes. Sin demasiados sobresaltos. Guerras, hambre, atentados, catástrofes, naufragios ha habido siempre, y ya estamos acostumbrados aunque, por compromiso o vergüenza, tengamos que decir que nos duele tal o cual circunstancia. Todo en la vida es cuestión de costumbre. Una mujer se acostumbra a que su marido le pegue; uno se acostumbra a que el Estado le robe; los que siempre pierden se acostumbran a perder. Generalmente esperamos que una fuerza extraña del afuera nos venga a rescatar de esta vida de mierda, pero nunca nada llega y morimos como han muerto tantos, sin

haber logrado ni tan siquiera algo minúsculo. Nosotros nos acomodamos en seguras costumbres a plazo fijo. Nunca podremos dejar de ser lo que somos, estamos seguros de que no hay otra manera mejor de ser. Al fin y al cabo nos aceptamos como somos; nos molesta terriblemente que un viejo sucio nos pise el césped del jardín. Cosas así no se toleran. Por eso, lo que se hizo había que hacerlo. Yo estaba justo donde había que estar para hacer lo que era necesario. Uno de los tantos casos fortuitos, aunque yo no crea en la suerte ni en el destino. Aunque yo no crea en nada.

Siempre fui de esos que se imaginan historias e intrigas con las caras de los demás; un simple gesto a mí me revela secretos escondidos: infidelidades, lesbianismo, estafas. Se podría decir que es algo patológico, que sufro de paranoia o que soy un mitómano. Lo que se diga puede ser cierto o no. Los demás pueden decir y creer lo que se les ocurra de mí. Van a estar cayendo en lo mismo que yo. Por otro lado, o por el mismo, a mi nadie me va a sacar de mi realidad. Estoy cómodo en ella, es reconfortante saber dónde uno está parado, aunque el suelo sea resbaladizo e inestable. Además ¿quién no inventa cosas para sentirse mejor?

Por su lado cada uno hace lo que puede. Para algunas cosas es necesario aplicar el relativismo. A veces es mejor no participar en la pelea. Y hasta es posible no estar en ningún bando. Y otras veces hay que agarrar al toro por las guampas y enterrar un cuerpo. Cuánta gente se deshace de alguien que lo estorba. Es una tendencia natural, social y civilizada también. Verdugos y buchones han escrito gran parte de la historia. Los héroes mueren y los Herodes reinan.

Se corrió la voz de que el viejo en realidad no era consciente de sus actos. Se dijo en todo el barrio que Don Vicente estaba endemoniado. No se sabe quién, como todo lo ocurrido respecto al viejo, pero se sospecha que alguien anónimo se quedó hasta que terminara la misa. Alguien que tuvo que escuchar el repetido sermón del padre Cesar, que versaba seguramente sobre la idea de que así como nos comemos el cuerpo y la sangre de Cristo Redentor en la comunión, de la misma manera tenemos que comer a mamá, a papá, a nuestros hermanos, a la maestra. Esa persona le informó al padre la terrible noticia de que el viejo estaba poseído por el demonio. En realidad la idea de que alguien esté poseído, para un sacerdote es un dato alentador. Las estadísticas, que según los diarios y los noticiosos, no mienten, comprueban que cada vez que en algún barrio se lleva a cabo un exorcismo, se acrecienta el número de fieles de domingo a domingo.

Ese domingo, después de que acabara la misa y al rato nomás de despedir a los últimos feligreses que se retrasaban con las oraciones del estribo, el Padre César fue hasta la sacristía, se mudó de sotana, armó su valija con crucifijos; agua bendita; escapulario; Biblia y se montó al Citröen celeste, como corresponde, para apersonarse en la casa del pobre viejo.

El trabajo santo del cura duró varias horas. El viejo no entendía nada. De repente y de improviso, le cayeron encima unas cuantas personas que lo agarraron por detrás, cuando el viejo estaba regando los malvones que tenía plantados en unos acumuladores pintados de blanco. Mientras el viejo forcejeaba sin emitir queja o sonido alguno, las matronas de la cuadra obedecían las órdenes impartidas por el Padre con un tono que recordaba los buenos tratos que recibía en el casino de suboficiales.

Los que estábamos asomados al patio de la casona del viejo desde que había comenzado el espectáculo, pudimos ver salir al cura sudoroso y sucio, con una compungida cara de fracaso. A todos nos apoderó una turbación que nos impedía emitir palabra alguna, a pesar de que nos moríamos de curiosidad y de que teníamos un centenar de preguntas para hacerle al cura. Antes de subir al Citröen y marcharse para siempre del barrio, se le oyó decir: "la cosa es harto difícil, el demonio está metido hasta el tuétano. Sólo queda una cosa por hacer, y yo no puedo hacerla, me lo prohíbe uno de los santos mandamientos". Nadie dijo nada, nadie preguntó nada tampoco, pero todos sabíamos en nuestro interior qué debía hacerse. Y se hizo.

Lo martirizamos hasta el cansancio, pero el viejo nunca se quejó. Parecía haber adoptado la forma de vida estoica de esos flacos, sucios y barbudos, que se paraban años y años sobre una columna o se guarecían en una cueva en la montaña, dedicándose al suplicio y al recogimiento, haciendo del dolor y la penuria una forma de vida rayana al placer de la adoración. El viejo era austero y sobrio, y eso no podía más que molestarnos a nosotros que hemos suplido el placer de la libertad por la seguridad y el confort. El viejo, no se sabe a qué hora, arrastraba a su casa un batancito lleno de las cosas que nosotros tirábamos a la basura. Nos desvivíamos trabajando horas y horas para reemplazar objetos que creíamos obsoletos y el viejo nos enrostrada que todavía eran útiles, que estábamos equivocados, que se podía vivir tranquilamente sin tener un auto e ir al shopping.

Hicimos algo glorioso que se repite a diario, en todos lados. Matar a un hombre es lo más común que hay hoy en día, al matarlo se siente un poder incommensurable y trascendental. Por un momento se es un Dios decidiendo modificar una existencia. Uno sabe que está haciendo algo abyecto, deplorable y único. De todos modos, seguimos nuestras vidas normalmente, trabajando, comiendo, yendo al baño, acostándonos. Quisimos cambiar algo y eso ni siquiera nos cambió a nosotros.

Había otros como el viejo, por supuesto que sí. Estaban Cachirla Rancio, un vagabundo que hacía pozos a domicilio y pedía cigarrillos a todo el que pasara. Otro que andaba por el barrio era el Pichi Gómez, que había sido árbitro. Lo echaron de la liga porque en los cárneros cobraba amontonamiento, para ahorrarse las complicaciones que trae un penal. A la semana de que lo dejaran cesante como árbitro, se lanzó a las calles vestido con equipo de gimnasia: corría, hacía ejercicios, decía que estaba entrenando porque el domingo tenía que dirigir el clásico entre Atlétic y Alumni. Cobraba infracciones en el medio de la calle, y al primero que lo insultara le sacaba tarjeta roja. El Pichi de vez en cuando frecuentaba la casa de su cuñado, Carlitos Chilano. Carlitos estaba casado con la hermana del Pichi, la Dora Gómez. Era sabido en todo el barrio que Carlitos Chilano era un picaflor empedernido, incansable y con muy mal gusto. Se floreaba por el barrio de la mano de cada adefesio, algunos le perdonaban la tropelía por piedad. Carlitos muy de la mano, tomando un helado de frutilla con su nueva enamorada y la Dora meta friega que friega en la casa, sin asomar el hocico a la calle.

De peón en la verdulería de Cleriche, estaba el Loco Zumeta, que, sentado en la caja de la rastrojera de los repartos, y usando una zanahoria de micrófono, se mandaba unos boleros de campeonato. El loco venía seguido por mi calle, porque según él mismo lo confesaba a cada rato, estaba enamorado de la Piba Silano, una viuda que siempre había sido viuda porque el finado se le había muerto allá por los tres días de la boda. Zumeta le dedicaba boleros y la Piba, eso se decía, suspiraba detrás de la persiana cerrada por la resolana. Al Loco, colorado como una remolacha por la continua y repetida exposición al sol, le habían dicho hasta el cansancio que no molestara a la pobre viuda, que la importunaba con sus canciones y sus sinceridades. Por supuesto Zumeta siempre hizo caso omiso de esas reprimendas.

Hubo uno peor que todos estos anteriores y fue el de la camisa con las mangas desprendidas sin remangar. Se sentaba en un escalón en la esquina y nos veía a todos ir y venir entregados a los trajines diarios. Se lo pasaba todo el día meta saludo y chiste al paso. Nunca nadie lo vio trabajar. Era una ofensa para todos nosotros, que enfundados en grafa, teníamos que correr hasta la estación si no queríamos perder el colectivo que nos llevaba a la curtiembre, a cuear liebres, o a la base, a fabricar trotil. Ese estuvo cerca de no contar el cuento, pero se salvó por un pelito. Los demás, corrieron la suerte del viejo.

Locos había una cantidad. Pero ninguno rompió las reglas de la normalidad, como el Viejo. Ninguno nos metió el dedo tan adentro.

Por eso, por todo eso, mientras mi mujer cuela la cera de depilar y mis dos hijos miran la repetida novelita de las cuatro de la tarde, sopando a su vez las masitas Vocación en el

té con leche, yo me pregunto si algo de lo que hicimos tuvo verdadero sentido.

Después de lo ocurrido estuvimos deambulando por las angostas habitaciones del insomnio, chocando los codos contra las paredes. Matar al viejo fue fantástico. Fue como darle carne humana a un perro cebón. Se nos despertó el instinto y no paramos más. Todo aquel que molesta es arrojado al pozo ciego para que las ratas lo limpien. Después, sacar del barrio los huesos roídos es tarea fácil. Hasta la monstruosidad se vuelve rutinaria, casi burocrática. No es que estemos matando a diestra y siniestra, pero siempre aparece alguno. Ninguno como el viejo, nobleza obliga.

El viejo sabía lo que le esperaba, cómo no iba a saberlo si olía las tormentas a la legua. Sabía que se le venía una muy fiera y no hizo nada para evitarlo. Nos esperó con la misma parsimonia que tanto odiábamos. Dejó que las cosas pasaran como si supiera que no es saludable querer cambiar el curso del destino, porque todo el que se levanta contra lo establecido la pasa mal. El destino social está delineado administrativamente. El viejo no tenía ni jubilación, mientras nosotros nos deslomamos para pagar los impuestos.

Se lo llevaban preso cada dos por tres, pero como nunca encontraban un delito verdadero que imputarle tenían que largarlo por falta total de mérito. Era sospechoso de todo crimen que se cometiera en los alrededores. Se lo llevaban, lo sentaban en una oficina y esperaban que confesara. Los tenía gritándole cuatro y hasta cinco horas al pedo. Lo terminaban echando a las patadas.

Nos inventamos una realidad acomodaticia, propia, sustentada en una estructura subterránea e inconsciente de negaciones. Nos conformamos creyendo que somos los poseedores de la única verdad posible. Esa certeza, que en realidad es una sensación nada más, nos hace sentir valerosos y únicos. Necesitamos de las cárceles y de los géneros. No nos importa la libertad. Lo único que queremos es estar tranquilos y pensar lo menos posible en cosas feas y sin sentido. Pero en frente tenemos a gente como Don Vicente, que nos mira sin vernos. No le importábamos en lo absoluto. El viejo en su abandono se liberaba, y eso no podíamos soportarlo. Nos molestaba mucho que anduviera por ahí, dándoselas de filósofo griego. Daba largas caminatas arrastrando su carro, rodeado de perros jetones que toreaban a Dios y a María Santísima. Ese vía crucis diario fue desgastando nuestra paciencia.

También hubo algo de responsabilidad filial. No queríamos que nuestros hijos vieran cada día ese patético espectáculo que nos amargaba la vida y punzaba nuestras conciencias.

Hubo un móvil, lo que hicimos lo hicimos con alevosía y convencimiento. ¿De qué otro modo se hacen las cosas? Y que me vengan ahora con que el viejo tuvo mala suerte. No existe la suerte. Las cosas pasan. Hay que tratar de vivir día y noche mentalizados con que nos tiene que ir bien. Tener un pensamiento proactivo. Y si algo se interpone en el camino, hay que correrlo o llevárselo puesto, si su tamaño lo permite. En definitiva se trata de sobrevivir rescatando escenas de películas yanquis de los años 50 como ejemplo de vida a seguir.

Elegimos otro camino y otra forma de relacionarnos. Tenemos que reír con nuestra risa falsa y de labios enjutos

porque no podemos darnos el lujo de que se sepa que nos pudrimos por dentro. Y pensar que lo único que buscamos es la tranquilidad de una paz bien lograda.

En todo barrio es necesario que haya un cierto espíritu represor representado por alguna persona con firme carácter, mal gusto y carencia de estilo. Por eso recuerdo entrañablemente a la vieja del almacén que me retaba cuando yo caminaba con las botas de goma por el agua de lluvia que se juntaba en la cuneta. Es necesario que algún acomodador del cine nos haya tacleado cuando volvíamos presurosos, en bajada, con una ristra de caramelos justo cuando estaba empezando la película de Los superagentes. Son detalles, nimiedades que, empero, maceran nuestra personalidad, y a la larga o a la corta, definen quién y cómo somos.

Era un hombre burlándose de todos nosotros delante de nuestras mujeres y niños. Se reía solo en el patio y esas abominables risotadas eran una música disonante que nos sacaba de las casillas. Porque lo único que queríamos era que nos dejaran aburrirnos en paz. Somos gente de su casa que no se mete con nadie y que saluda respetuosamente cada vez que sale a la calle. Nuestras mujeres son señoras sumisas, sumergidas en los quehaceres diarios, metidas hasta el cuello en trabajos manuales, ikebana, crochet, bordado, repostería. Y nosotros somos hombres que salen temprano de su casa para ir al trabajo. Gente normal y simple que peca y se equivoca, pero dentro, eso sí, de un mundo civilizado y formal. Cada vez que quisimos salir a pastar en otras tierras nos aferramos al alambre electrificado para apaciguar las ganas. Eso nos amoldó a un lugar, mal que nos pese, al que ahora pertenecemos y del que ya no queremos salir.

El viejo era un patriarca más de una generación que había ido muriendo despacio y en silencio, y lo que el viejo en verdad gobernaba eran ruinas y recuerdos de un tiempo distinto y con sueños muertos por cumplir. Todo a su alrededor estaba deteriorado. Las manchas de humedad y de moho le cubrían ya casi toda la superficie de su cuero de reptil. Nosotros éramos el barrio destinado a contrarrestar sus costumbres. El viejo murió porque así lo dispuso la historia. Me hacen reír las ampulosas palabras que utilizo para solapar la culpa y sentirme un poco mejor. Esto es así solamente porque Dios da pan a quien no tiene dientes.



PERROS

A Lila, a Morgan, a Napoleón y a Lázaro in memorian. A Shera, dónde quiere que esté. A Brut. También a Gaspar y a Turbio.

Nos husmeamos el culo, natural es que lo hagamos, nos tratan como perros; entonces claro pues, cómo no.

Todos tenemos el ahorque, todos tenemos correa, plato para el balanceado, todos tomamos agua en el balde comunitario.

La exaltación es general y particular; claro es que si hay general hay particular y que lo general sin lo particular, y más aún, sin lo individual, nunca podría llegar a ser general. Lo general es, guste o no, la sumatoria de todas esas particularidades que no le importan a nadie. Tiene más que ver con la práctica de un exitoso proceso de incorporación al todo.

El todo es la manifestación y puesta en práctica de unos lineamientos y preceptos pensados por unos pocos para dibujar el diagrama de Bhen que nos encierra y nos incluye, mal que nos pese. Así lo veo todo detrás del doble párpado.

Promovidos por una necesidad imperante, nos tuvimos que rascar las pulgas a más no poder. Después llegó la calma, momentánea, de la picazón tapada por el ardor de la piel herida. Llevamos una vida de perros porque estamos acostumbrados a los maltratos. Un perro de calle sólo consigue rigores y padecimientos. Por eso es que soportamos el cautiverio doméstico.

Sin embargo, todavía, sentimos una fiebre onírica por las calles y las noches. Soportamos la vida sedentaria, porque ni locos nos arriesgamos a ser libres.

Sabemos perfectamente que no vale la pena gastarse en ensueños y deseos. Pero estamos tan al pedo que no hacemos otra cosa que desechar aquello que nos está vedado.

En la calle hay necesidad, odio y premura. ¿A dónde van tan apurados? La vida es también estar echado, papando moscas. Pero también hay que mover la cola y dar la patita. Es parte del asunto.

Lo que en definitiva terminamos necesitando es la paz final, que nos permita disfrutar de todo lo que no disfrutamos porque estamos del otro lado de la felicidad.

No hay suplicio más grande que tener que respetar la imposibilidad de suicidarnos por mandato al instinto. Y aceptamos las convenciones, las reglas, todo lo que se nos imponga. Sit down. Sit down. Cucha cucha. Afuera, afuera.

¿Cuánto estamos dispuestos a soportar? Eso lo dirá el tiempo. La especie viene domesticada hace rato, ya no hay nada que hacer, más que aceptar. Aceptar que ni el fuego de la estufa nos calentará la sangre. A veces soñamos que un instinto animal se apodera de todos nosotros, que algo salvaje nos empuja a buscar carne cruda para saciar un hambre ancestral. Pero nos despertamos con la misma pregunta chorreando de la lengua: ¿hasta cuándo le rendiremos pleitesía a la obediencia?, que es lo mismo que el miedo. No lo sabemos.

Nosotros no tenemos Dios, no tenemos nada. Estamos acá, con la cola entre las patas, con miedo a la perrera.

Nos relamemos cuando suena el timbre, porque no somos otra cosa que animales de costumbres. Castrados, obedecemos mandatos que no entendemos. Soportamos que nos llamen con normes inverosímiles, dormimos en cualquier rincón, incluso sin tener sueño. Impedidos de callejear, de integrar una jauría vagabunda, errante, criminal. Nos condenan a la pasividad de la cucha o el trapito.

Yo calculo, en mi completa imposibilidad de calcular, que ellos depositan en nosotros ciertas frustraciones originales, internas y hasta inaccesibles; hasta que claro, solitas, esas frustraciones, se abren paso en sus conciencias y es cuando nos cuentan las costillas con un palo. Con alguien se la tienen que agarrar. Y se las agarran con nosotros porque somos dóciles. Ojo, algunos nos quieren mucho, nos adoran, pero esos generalmente no pueden conectar con sus pares, tienen una carencia, la frustración de estar más solos que un perro, de tener que inventarse un mundo paralelo en el que habitar, y ahí aparecemos nosotros, moviendo la cola por comida.

Perro. Mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diverso, según las razas. Tiene olfato fino y es inteligente y muy leal al hombre.

Yo soy mestizo, cimarrón, marca perro. No tengo sangre pura, ni padres campeones, ni paladar negro. Hay perros que dan vergüenza ajena, dejándose teñir o usando camisetas de River o de Boca. La mala suerte de haber nacido en la ciudad. El campo es otra cosa, hay aire, agua pura, espacio donde extender las zonas de dominio. No haber sido un perro de caza, de busca y de muestra. Un sabueso rastreo o un lucharniego, entregado a la noche. Yo hubiese sido un buen cobrador o un perro de quita. Pero me tocó ser faldero, un osito de peluche, un juguete vivo, la vergüenza de mi estirpe pampeana, que si no la tuve, me hubiese gustado tener. También puede que sea un perro español, con sangre europea, que cruzó los mares, que olió otros cielos. Un perro ancestral del que no tengo memoria. O tal vez tenga sangre lobuna, cazador que en la noche mata la carne que come. Pero no soy ni lazillo siquiera. Como, duermo y cago. A veces me tiran la pelota, o me llevan al parque, para que yo corra mientras ellos se distraen. Ya sé que soy un desagradecido, pero me gustaría que me alargasen un poco más la cadena, que me dejaran cruzar la calle, que me abrieran la puerta; si voy a volver. Y si no vuelvo ¿qué importa? Hay tanto perro suelto, tantos que se venden o se regalan. En cualquier petshop hay algo mejor que yo.

Qué lindo sería ganar la calle y no volver más, vivir a la intemperie, sin depender de nadie. En la ciudad eso es imposible. Yo me iría lejos, al campo o a la montaña. Caminaría miles de kilómetros hasta encontrar un lugar que me guste, y

ahí sentar raíces por un tiempo, hasta que vuelvan las ganas de mandarme a mudar.

Perro, perro, perro. La palabra se ha convertido en un adjetivo que señala lo protervo, lo indeseable, lo vil. Signos discursivos que denotan dominación. Los amos han decidido todo: el color de la cucha, las horas de paseo, la calidad de la comida: porotitos balanceados. ¡Puta madre!

¡Mis mezquinos sueños de libertad! Porque sólo me interesa salvarme yo. No me preocupan ni la raza ni la especie, si subsisto que sea por mis dotes de buscavidas o por mi suerte, que siempre me hace sobrevivir.

Tan sólo quiero escapar del formato predecible de los días, pero sé que es imposible. Entonces lo veo todo a cara de perro, con pocas pulgas. Perro que ladra no muerde. Vamos a ver, vamos a ver. Por el momento no muerdo la mano que me da de comer.

La verdad que no sé para qué me esfuerzo, si ni yo mismo creo lo que digo. Interpreto mis deseos como si alguna vez se hubieran cumplido. He sido siempre un perro batata, pachorriente e inútil, que no sirve ni para traer el diario. Pero de alguna manera tengo que levantarme el ego. Es por eso que vivo renegando, haciéndome mala sangre por cosas que no puedo manejar. Tendría que estar más relajado, echarme siestas feroces al solcito, pero estoy acá, jugando a recordar, trabajando la memoria al máximo, creyendo que no hay olvido, que en algún determinado momento un artilugio me la va a traer.

Cíclicamente las cosas se van dando; irremediablemente, diría. Algo me apacigua sin embargo, la densa negrura me penetra y no hago nada, absolutamente nada.

Recibo todo pasivamente, aceptando.

Se diría y se dice, más que nada porque es verdad, que ya no sentimos, que un vacío impoluto, virgen, nos ha embebido por dentro, maculando la aquiescencia del ser todo, que ahora es nada.

Es más, somos viejas estatuas verdes, corroídas por el óxido del odio. La necesidad establece un patrón de comportamiento en conexión con el centro mismo de la egocentría. Es catastrófico lo que nos pasa, lo que ocurre con nosotros. Debe ser porque miramos todo desde el ojo reducido de nuestro propio ombligo: el centro del mundo.

Yo respiro todavía, yo pretendo vivir bien, tranquilo, sin muchos bardos. Pero tengo un miedo terrible, y las cosas no me salen bien. Estoy trabado, inmóvil, aterrado, temiendo lo peor.

La gente en la calle ¿qué cosa es? Van atareados en los suyo, riendo, fumando, escupiendo, pisando nuestros soretitos.

Hay cuestiones abstractas, incorpóreas, inexplicables para nuestro pobre instinto perruno. Ellos insisten en tratar de hacerse entender, pero nunca han dado con el código que rige nuestra propia comunicación, porque no lo tenemos. Por eso estamos solos, encerrados en un departamento.

En resumen de cuentas, no hacemos más que lo que se nos permite, que es poco. Hemos desarrollado una capacidad ilimitada para soportar la humillación.

Hay una comunicación extrema con el afuera, una pulsión instintiva, un ello superdesarrollado, ahorcando a un

yo disminuido, que no puede imponer su razón de ser. Yo mucho no entiendo de estas cosas, más que nada escucho, para luego adaptar los conceptos a mi subjetiva manera de percibir el mundo que me rodea, que aunque se parezca mucho al mundo de los otros, necesariamente es un mundo único y personal. La receptividad de mis bigotes intensifica mi contacto con lo externo. Pero no alcanza, porque veo el afuera desde una ventana enrejada.

No me dejan entrar ni a la cocina, para juntar miguitas, calentarme y escuchar las pelotudeces que dicen. No les meo adentro; ladro poco. Pero ellos me tratan de una manera.

Se la dan de dueños de todo. Se inventaron un edén, un Dios, para hacernos padecer sus designios destructivos. Parezco naturalista, y no lo soy. Yo quiero libertad, el mundo me importa un carajo. Pero una cosa trae la otra; lo que sería causa y efecto, y todo se pudre.

No hay alivio para mi pena, tal vez sólo resignación. Por eso eyaculo una jaculatoria a la luna, como si fuera un lobo y no un chiguaguas.

Una perra muy perra me partió al medio. Me hizo presa de su olor. Me desquité con la pata de la mesa, con un almohadón y con las piernas de las visitas, pero no pude olvidarla. Eso es lo que me tiene rabioso y no otra cosa. Y sufro como un perro, sufro en oscuras y frías ceremonias íntimas, introspectivas. El ritual de la rutina en soledad.

Voy a terminar vagando por ahí, pegado a las faldas de mi dueña; o en el Pasteur, esperando la pichicata de aire.

Los gatos son la perfección, por eso no nos gustan. Son lo que realmente quisieramos ser: extraños, independientes;

siempre están pensando algo que ni siquiera podemos imaginarnos. Son pacientes, ágiles, tienen un andar increíble. Los felinos son lo más.

Si uno pudiese aceptar la mínima trascendencia, conformarse con lo que le tocó en suerte y desgracia. Pero no. Siempre uno quiere más; es natural, no es posible admitir satisfecho, una realidad adversa.

El otro día tuve una especie de iluminación. Una ráfaga de ideas me erizó la pelambre del lomo. Fue un pensamiento lógico que vengo masticando hace unos días: toda locura es imaginaria.

Algunos fingen y son víctimas de su propia fabulación. Creen, esperan, tienen fe.

Muerto el perro se acabó la rabia: error. La rabia sigue su curso hacia la destrucción total. La sarna pica donde tiene que picar. San Roque san Roque que este perro no me mire ni me toque.

Somos incestuosos, putos, mugrientos, porfiados, pulgoso, lúbricos, muertos de hambre. Olisquemos mierda, lamemos meos propios y ajenos, nos revolcamos en la osamenta.

Tenemos una astucia de perros. Olemos el miedo y la malicia a la legua. El mundo es un lugar peligroso. Hay que cuidar mucho en dónde uno mete el hocico. Las viejas le ponen pimienta a la puerta, para que no meemos; hay carne envenenada, cercas electrificadas, autos y colectivos.

La otra tarde dejaron un cacho la puerta abierta, y me quedé adentro como un tarado. Me quedé duro, mirando la calle con un terror tremendo. No me animé. Preferí el confort a

la libertad. Tengo que admitirlo de una buena vez, y vivir sin culpas. Hace rato que me dejó de interesar la pelotita. Ahora quiero estar tranquilo. Igual sé que tampoco voy a poder extirpar la culpa. Yo deseo ser lo que no soy, y sufro por eso. Sufrir es una forma inconsciente de abortar toda acción liberadora.

Sin embargo admiro inocuamente a los vagabundos que reciben el sol echados en la vereda. Y también, y más que nada, envidio a los perros de riña, que nacieron con esa feroz predisposición a la violencia y a la locura. ¿Cómo no los voy a envidiar?, atado a un palo con una cadena.

La multiplicidad de elementos que se me escapan son tantos, que ya ni vale la pena intentar nada. Mientras tanto, regurgito bolos de pelo y espero que me saquen a pasear. Yo quisiera tener la plasticidad del galgo y la fuerza del dogo argentino. ¡No ser un pitbull, o un rottweiler! con cabeza de toro, perro fiero, asesino. Pero soy más bueno que Lassie.

Qué sé yo la cantidad de razas que hay. Con los mestizajes y las cruzas habidas y por haber, se multiplicó todo hasta un punto inexplicable. Se debería poder elegir, pero no se puede, a uno le toca lo que le toca.

Siberian husky, Setter inglés, Pastor alemán, Pastor belga, Mamoyedo, Norsk elghund, Laika ruso, Alaskan malumate, Bulldog, Carlino, Pequinés, American water spaniel, Borzoi, Dálmata, Gran danés, Fox terrier, Galgo, Schnauzer, Cocker, Teckel, Collie, Bóxer, Akita inu, San Bernardo, Beagle, Dobermann, Bobtail, Stafford, Caniche toy, Chow chow, Labrador, Terranova, Shih tzu, Dogo alemán, Bretón, Golden Retriever, Mastín napolitano, Salchicha, Bichon frisé, Pastor de

Brie, Yorkshire, Shar pei, Afgano, Chihuahua, Fila, Pomerania, Tosa, Shetland, Leonberger, Landseer, komodor, Presa canario. Y podría seguir con la lista hasta el olvido, hasta empezar otra vez de cero. Pero eso, a esta altura, es imposible. Hay tantas razas como motivos de odio. La diferencia no hace diferencias. Y lamentablemente pasamos los días contando la cantidad de cosas que se interponen a la ilusión.

¡Cómo me gustaría ser mastín matrero! y ¡olvidarme de todo lo aprendido! Pero una obediencia debida me obliga a hacerme el muertito cada vez que me lo piden. Situados en este punto, no tenemos más que acatar, porque la obediencia se enquista, y naturalmente repercute en nuestro comportamiento.

¿Todavía tengo que aguantar que me saquen con bozal?, si ni dientes tengo ya. Las secuelas de una mala alimentación. Mi madre fue vagabunda callejera, murió llena de parásitos. Pobre vieja, las tetas cancerosas, siete cachorritos garrapatudos la consumimos en un mes. Quedó seca como culo de perro.

Aguantamos todo. Tienen un don de dominio tremendo. Les hacemos caso, nos doblegamos, nos subordinamos, no tenemos otra cosa en la vida que obedecerles. Es más fuerte que nosotros. Nos han restregado el hocico en la mierda, con la excusa del adiestramiento.

Aquí me ando, como perro tras su dueño, serio como si fuera en bote. Es una vida sedentaria la que llevamos. No vivimos ningún tipo de emociones. Yo constantemente tengo a la soledad estampada en mi sueño canino. A veces sueño y me enredo las patas en mi propia desazón. En mi cabeza podrida no queda lugar para la esperanza. Yo sé que esto va a seguir de continuado. No sé hacer otra cosa que repetir de memoria el

evangelio de mi desdicha como si fuera un mantra idiota. Soy capaz de quedarme horas royendo un hueso de cuero, imaginándome el sabor de la carne.

Yo no sé lo que es la abundancia. Dos comidas al día. No me puedo quejar, otros deben de estar en peores condiciones. Seguro, pero qué me importa. Soy un perro social, no puedo vincular pensamientos, me guío por un instinto predeterminado.

No tengo empacho en rascar bolsas y comer de la basura, como un perro de playa.

Necesito conocer qué cosa maravillosa es la libertad. No puedo seguir con esta duda, y sin embargo sigo adentro. Sin gruñir siquiera.

Qué más quisiera yo, que abandonarme al dolor, al torrente temporal de la vida. Pero los adversativos dan fe de mi existencia. No soy más que un perro de cerámica.

La novedad es que me es indistinto lo que pase con el mundo. Yo sé que hay otros que se hacen cargo del asunto, pues bueno, que sean ellos los que se preocupen, pero de ningún modo yo. Cualquier cosa que se me quiera reclamar, tengo la chapita identificadora, en donde figura, además de mi vulgar nombre, el teléfono de mi dueño. A otro perro con ese hueso. Yo estiro mis patitas y me echo a pensar en nada, que es la especialidad de todo perro.



40 % VOL.

Tomaba como si se odiara.

Ifrafel. Abelardo Castillo

Toma, alza la copa de su desdén irredimible, anestesiado, ¿qué va?

Toma. Alza la copa, entreabre los labios y muerde el vidrio barato. Nada saciará su sed. Nada apaciguará esas ganas de que algo suceda y lo arrastre a la acción, a la locura salvaje.

Toma. Detiene el líquido en la cavidad, lo agita con la lengua hasta lo alto del paladar y deja que sus clavos se precipiten tráquea abajo.

Toma. Se emborracha.

Toma. Cual parroquiano silente y hurao.

Toma. Eructa sus demonios, que vuelven a entrar en el siguiente trago.

Toma, solo, acodado a la barra que soporta su cansancio.

Toma. Porque sí. Porque nada mejor sabe hacer. Después, en la calle, con el viento en la frente agitada, la vergüenza y la decepción a cuestas, a renegar de sí mismo, a maldecir todas las cosas. Los zapatos gastados esquivan los mismos charcos de siempre, maquinalmente; no se detendrá ante las vidrieras a mirar la facha de su desdicha y de su pobreza. Será tarde cuando las arcadas arranquen el vómito y caiga derrotado en el catre sucio.

Toma porque no confía en sí mismo, porque aborrece su cuerpo y su cabeza, porque necesita esconderse.

Toma. Es un payaso perdido, un pajarón nocturno.

Toma para saciar una sed que no tiene. Inventa cada noche su propia necesidad.

Toma para contaminarse.

Toma como si fuera a morir mañana.

Toma porque se le enreda la soledad entre las piernas.

Toma su bilis, su sangre, el esperma caliente de su propio fracaso.

Toma y se deshidrata, se seca.

Toma sin perdón. Conoce perfectamente el telar de baba en el que se fabrican sus fantasías. Todo lo que es nace del ensueño etílico en el que se sumerge para poder respirar el turbio aire de la noche.

Toma porque el dolor no se irá, porque es lo único que un hombre puede hacer en la vida: destruirse sin que nada importe, dejarse arrastrar por el caudal de su propio meo.

Toma. Su casa es una bodega, un cementerio de botellas vacías llenas de cenizas, un bosque cristalizado. Respira vidrio

molido, el vaporoso humor del malestar, la hediondez de los miasmas putrefactos.

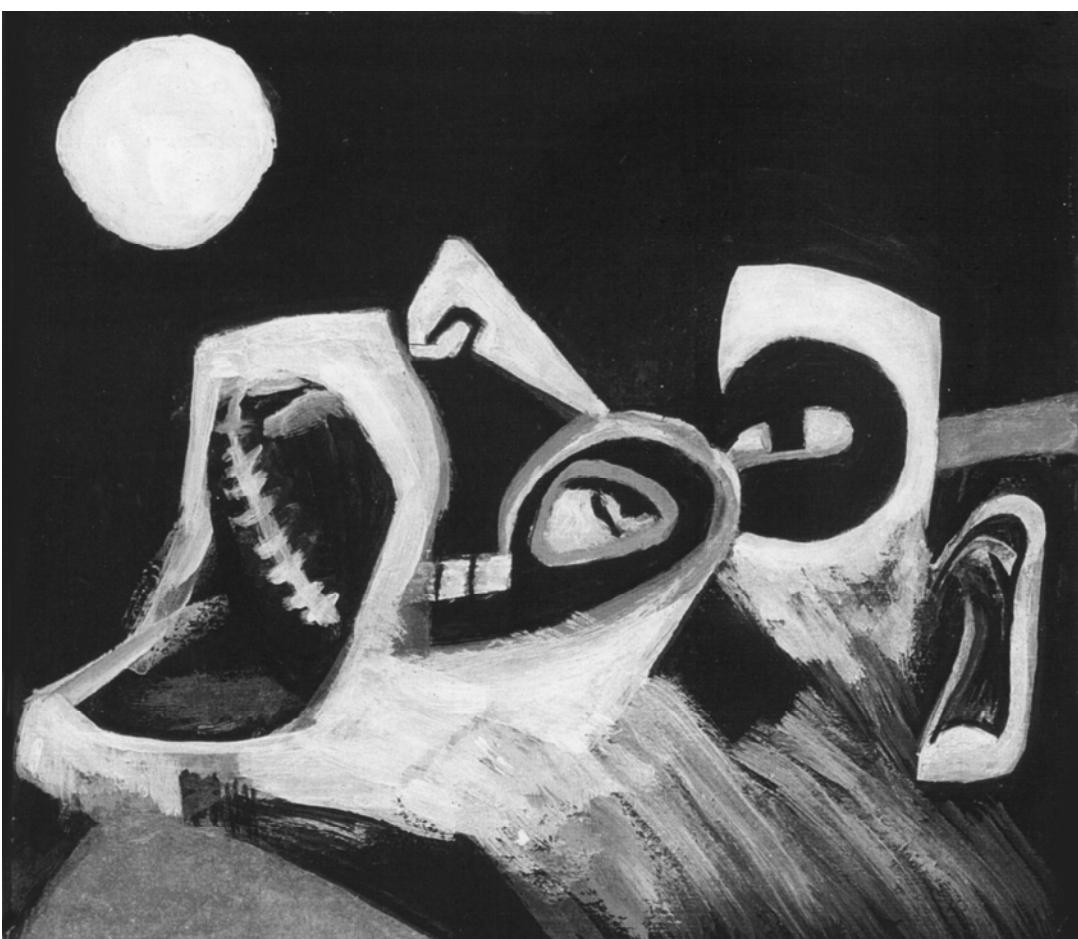
Toma el sabor inocuo del agua límpida y siente la nausea subir en contrafurca como un escalofrío ardiente por la espina vertebral. Muerde el inodoro y promete una vez más lo incumplido.

Toma. Sale a la calle a buscar más. Temulento, hunde los pies en el barro helado de la madrugada. Cae de rodillas sobre su propio espasmo, todo se funde en una misma masa, que se consume y se arrastra hacia la nada. Ungido en su desdicha recuenta los pecados y busca otro bar abierto.

Sigue intacto su trauma, se coagula su esperanza, se solidifica. Es presa de un exceso que no soporta pero que aguanta.

Toma en el sótano de una bodega subterránea, en las napas mismas del alcohol. Sus propias venas son alambiques que destilan su embriaguez.

Toma, liba el néctar hasta morir.



SÍNTOMA

Al Cura y a Fede.

*...tengo una ansiedad como de año nuevo. Nunca sé donde estoy,
nunca sé dónde voy.
Gato de metal. Charly García*

No es que la vida, la muerte, algo, cualquier cosa, me dé ansiedad. Soy ansioso.

La ansiedad es un elemento constitutivo de toda mi psique.

Me toco la carita y hablo; agito la mano; levanto una ceja; la boca para un costado, gestito de idea; muevo los pies, como siguiendo un interno ritmo esquizofrénico. Me toco la carita y hablo; me acomodo el mechón; me mojo los labios con la lengüita viboráica; miro a los costados; me freno abruptamente, traschocan las palabras, los significados se fusionan, los conceptos se enredan y traquetea la tartamudez

despelotada. Y así, de rama en rama, desramo la obsesiva estirpe de mi persona.

Gesticulo desaforadamente, todas las señas del truco. Vuelco botellas, y rompo vasos; apago cigarrillos con las mangas de mi campera. Cada madrugada vuelvo a casa con la ropa a la miseria.

A mí lo que me gusta de este enrosque es que no para. Una vez que arranca, sigue y sigue hasta la inconsciencia. A veces la enrosqueta es un estado de lucidez total. Uno está al palo, con los faros encendidos. Pero claro, es obvio, se percibe todo desordenado, con el vértigo correspondiente a semejante caos.

Toda rosca tiene, o debería tener, su tuerca. Macho y hembra para el encastre. Por supuesto que a veces hay soledad y la rosca no enrosca. Hay que tratar, no importa de qué manera, de meterse en cualquier agujero. Y si el tornillo no tiene la rosca adecuada, hay que meterse mordiendo fierro.

Escucho. Tengo mil voces que me dicen: *la ansiedad es un ansia, una aspiración*. La cadena sintagmática de una misma metáfora ascendente. Pero todo lo que sube, baja. Tremendo revolcón y otra vez al suelo, a empezar de cero.

Tengo la necesidad potenciada, el deseo en su mayor esplendor. Soy una centella, un refusilo, la luz viajando a su velocidad. Ando a mil, con los cables cruzados, pelados, entretejidos, en cortocircuito. Me salta la térmica y es cuando me veo en la necesidad de parar.

No termino que ya quiero volver a empezar de vuelta otra vez de nuevo. Me adelanto. No puedo disfrutar del momento, siempre hay una zanahoria adelante. Así, todo.

Me puse la campera porque pensé que ya nos íbamos, pero no, parece que nos quedamos. Ahora no sé si sacármela o

dejármela puesta, por si nos vamos. Me siento con la campera puesta, pero me da calor al rato, entonces me paro y me la saco. No sé dónde dejarla, si en el apoya brazos o en el respaldo del sillón. Seguro que ya nos vamos, por ahí es mejor tenerla en la mano, por las dudas.

Doy sorbos histéricos; prendo un puchero detrás de otro, escupo el humo, juego con la llama del encendedor. Pum pum, dos tiros. El fogonazo del disparo me ilumina la cara. Doy una bocanada profunda, aguanto el aire adentro hasta más no poder, y largo todo de golpe cuando ya no doy más. Me pasa algo muy parecido en balcones y terrazas. Abro los brazos en cruz, me pongo en puntas de pie y me estiro, apoyando a penas la panza en la baranda del balcón. Son pequeños suicidios. Lo mismo que hundirse en la bañera y aguantar la respiración. Los vicios en definitiva no son otra cosa: una agonía. La anulación momentánea de la histeria y la alienación, pero no la cura. El hombre tiende hacia su propio exterminio. Una frase que se me aparece y que ilustra: *El hombre es el lobo del hombre*. Un filósofo la dijo, pero no sé quién. No tengo la paciencia que requiere la lectura y el estudio. Soy un culo inquieto. Tengo hormigas. Una urticaria molesta e invisible. Una ansiedad ligera, escurridiza. Como la sombra que se proyecta, a veces atrás, a veces delante.

Llego temprano a todas partes y sufro tremadamente la espera. Odio a los impuntuales. Las cosas que me pongo a pensar mientras espero. El cúmulo de posibilidades que estallan en el aire cuando veo que llega alguno a rescatarme de esa mínima soledad.

La otra vez, sin ir más lejos, casi llego a Luján. Arranqué con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, chiflando una polca, metido en mis cosas, sumido en los pensamientos enrevesados de todo caminante circunspecto. Y no paré hasta

que tuve la basílica encima. Me volví al toque. Ni entré a rezar siquiera.

Me meto en un lugar, y al rato me quiero ir a otro, y después a otro, y a otro, y así noche tras noche. Arranco el viernes de caravana, y hasta el domingo, no caigo.

Yo necesito cosas todo el tiempo. Me he vuelto un consumidor compulsivo. Quiosco, mercadito, supermercado. Morfi, chupi, falopa. Lo que sea que haya lo quiero comprar. Me inyectan publicidades. Por la ventanilla del colectivo me entran los colores, las letras, los celulares, los modelos, los jugadores, todo lo que se vende y compra, me atrae, me distrae, me abstrae. Y compro. Entro como un caballo, me mando hasta el fondo. Tarjeteo, pido fiado, refinancio, lo que sea. Compro en cuotas cosas que no puedo pagar.

Hago zapping, todo el día, hasta me compré un televisor picture in picture para poder ver dos canales a la vez. Por ahí, a veces apago la tv y enciendo la radio, me tiro a escuchar, a relajarme. Un par de canciones copadas, hasta que llega la publicidad y los locutores anuncian las bases de los concursos a mil por hora y me pego otra acelerada.

Esto que tengo, esto que tengo acá, no es nada, nada, nada en absoluto. Algo que desaparece, se esfuma, se desintegra en el aire ni bien aparece en mi cabeza. Nunca saldrá a la luz, no existe, lo juro, lo prometo, doy mi palabra. Es algo que asoma, a penas si se muestra, yo, ni bien aparece, lo mando para adentro. Lo controlo perfectamente. Ni pensar en que salga para fuera como la hemorroide. Es imposible. Estoy atento y concentrado. Ante la menor manifestación, yo mismo, me ocupo de que se retraiga. Siempre me salva la dosis. Ansiolítico, sedante, hipnótico. Antihistamínicos, neurolépticos, antidepresivos y b-bloqueantes. Barbitúricos y meprobamato,

benzodiazepinas, buspirona, ipsapirona y gepirona. Como resultado, la miorrelajación.

Toco el piano en la mesa; tamborileo; rasco el barniz; golpeteo con el índice; juego con una miguita; pedaleo con una sola pierna; me bamboleo de un lado a otro; me como las uñas, las cutículas, la pielcita. Me toco la nariz; amaso un moco; me rasco una oreja; y la otra; guiño un ojo; arrugo la fiata; me paso la lengua por la boca; levanto los hombros; carraspeo; trago; escupo; me repaso los dientes con la lengua; pestañeо.

Me pongo nervioso, segrego grandes cantidades de adrenalina, quedo verborrágico hasta las cuatro de la madrugada.

Si llego a tomar merca, capaz que quedo mandibuleando como un pescado hasta navidad.

Hay días en los que me levanto con ganas de matar a una estatua viviente. Cómo es que pueden estarse quietos, sin pestañar siquiera. Ellos no saben lo que es no poder parar de moverse en el mismo lugar, arrastrar el parkinson, el temblequeo, el sismo interno, la sensación semoviente de estar moviéndose constantemente, incluso cuando uno no se quiere mover y hace mucha fuerza para estar duro.

La otra tarde me miraba el cordón de la zapatilla derecha desatado, y sabía que me lo tenía que atar, pero como llegaba tarde a una reunión seguí caminando, con la duda de parar y atarme o seguir caminando y esperar a que apareciera un buen escalón. Y seguí caminando, sostenido por el apuro, hasta que pisé uno de los extremos y me fui de boca contra la vereda, con tanta mala suerte que vine a caer sobre un sorete de perro. Todo eso por no parar. Siempre que tengo que hacer algo siento que pierdo tiempo haciéndolo, que podría hacer cualquier otra cosa en vez de ocuparme en eso que después me

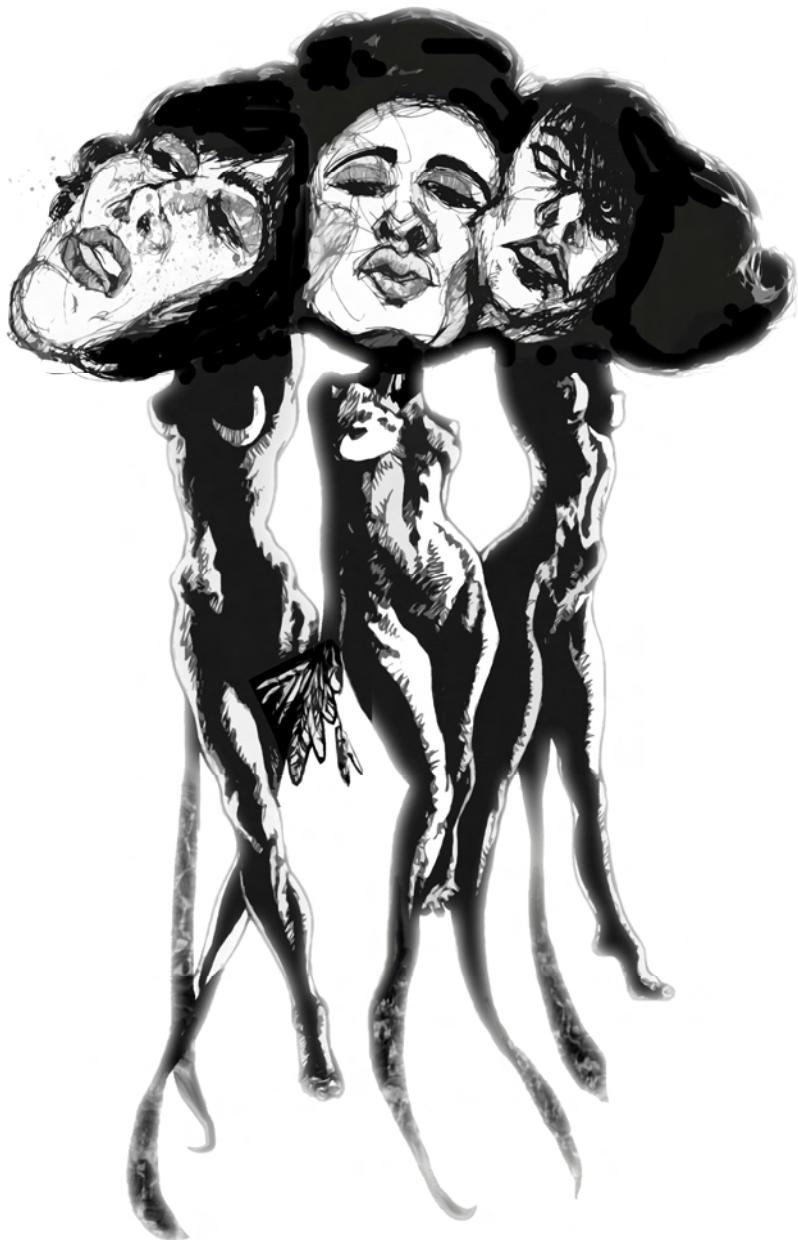
carcome la cabeza hasta que por fin no tengo más remedio que hacerlo y entonces escupo la ansiedad para arriba, que siempre, indefectiblemente, cae otra vez en plena frente.

Desde chico que soy así. Mis nervios están mal enhebrados, son un manojo engalletado. Soy el colmo del ansioso, el anagrama de la tranquilidad.

Camino hacia horizontes móviles, mis anhelos serpentean, se hacen esquivos, por no decir imposibles. Todo depende enteramente del indeterminado curso de mis deseos frustrados. Cada dos por tres, se me suelta la chaveta y quedó dando vueltas como una perinola.

Tengo un entripado, una tranca, un trauma, un grano en el culo. Como tener una joroba o un muñoncito; algo distinto, algo menos, el ego disminuido, al amor propio enajenado, el encarajinamiento de la soledad potenciada.

Palpitaciones, calor. Me sofoco, me agito, algo me opprime el tórax. Nauseas, vómitos, diarrea, aerofagia, micciones, eyaculación precoz, impotencia. Temblor, hormigueo, dolor de cabeza, fatiga. Hiperactividad, tartamudeo, torpeza, conductas de evasión. Temor, zozobra, amenaza, angustia, irritabilidad, desconcentración y sobre todo, mucho pero mucho tiempo perdido en cosas sin importancia.



TRINIDAD

Arborecían sus negras ideas, ceñidas al suelo por nudosas raíces arraigadas al raigón del que nacían.

Maliciosamente se miraban cuando caían en la cuenta de hacer cuentas cuantas veces lo necesitaran, para aventajar a la otra, económica o hipotéticamente hablando. Es que es de amplio conocimiento que las hermanas eran tres porque no eran ni una ni dos. Cada noche sorbían su sopa, rezaban sus pésimas décimas y se metían de lleno a soñar que eran ellas mismas pero cambiadas, a saber: Didascalia era Minusválida, Minusválida era Anáfora, Anáfora era Didascalia, Didascalia era Anáfora, Anáfora era Minusválida, Minusválida era

Didascalia. Aleteaban agarradas de las garras buscando fresca sangre virgen para saciar la sed y el hambre que las lanzaba tras tipos de mi tipo, sangre y factor.

He venido siendo una persona opacada, silente, cobarde. Ellas, las tres hermanas, una por una y todas a la vez marcaron el triste derrotero de mis derrotas. He leído lo suficiente como para saber que la respuesta no está escrita. Me han lastimado mucho y hace tanto, que esto se ha convertido en un número de varieté: La Víctima y el Victimario, el Héroe y el Villano, el Príncipe y el Mendigo, Dios y el Diablo y todos sus dobleces. Caras de una misma moneda. Necesidad/satisfacción, deseo/placer, causa/efecto. Algo era para ellas, las tres, algo único y esencial. Los padrastros que tenían en las uñas de altísima ave rapiña, eran pedazos de carne muerta que se prendían aguerridamente a la negra vida de esos dedos con carne y uña; tal cual ellas hacían conmigo. Un vergel pisoteado era su patio de juegos predilecto. Un vergel: mí vergel. Yo logré con ellas hacer visible lo invisible. En el gorjeo de mis onomatopeyas encontraban el nombre que mejor les cabía y lamían mis pústulas con obsceno desparpajo.

El daño que me han hecho es inmenso. Entonces la pasma, la beligerancia, la derrota sin solución. Una tardía tarde tardé en evidenciar lo que evidencié. Largos, larguísimos años permitiendo y padeciendo hasta darme cuenta y entender con horror mi horrendo error.

Yo siempre estuve dispuesto a morir como un samurai o como una hormiga.

Sin embargo algo se apoderó de mí, algo mayúsculo y desconocido, que subió por mi espinazo hasta cubrirme por entero, y sentir que era otro, y que debía actuar por puro impulso y deseo. Entonces, por vez primera, usé la fuerza. La

fuerza destructora que nace en lo mínimo, en lo pequeño, en lo casi nulo; fuerza que fuerza con fuerza los metálicos portones que la contenían y quiebra/raja/rompe todo lo que está del otro lado. Aplastar lo que nos sojuzga bajo su yugo.

Florecía los naranjos y las naranjas quebraban sus ramas. Impaciente yo observaba por la ventana las ventas en las que el vecindario caía y recaía para no caer en la pobreza rotunda e irreversible.

Yo esperaba, otoño tras otoño, que me crecieran las uñas y los colmillos. Y a penas si me salían lunares o verrugas, cuando no forúnculos y acné.

En las horas, tenaces horas en las que no estaba con ellas, cumplía al pie de la letra los deberes que me mandaban hacer: crujía mis uñitas recién comidas en el verde pizarrón de clase; lamía cerraduras; chupaba rieles de vía muerta; masticaba cucarachas; orinaba el té de mis progenitores y me sentaba a la mesa a consignar las arcadas, para luego, comunicárselas y ver como se henchían de placer.

Didascalia era distante y fría. Tenía el pelo negro, las tez blanca tiza y los ojos bizcos. Era la mayor: la más seria; eso decían al menos los que adjetivaban.

Minusválida tenía trenzas rubias de pelo enrulado tipo virulana, que si no se lo trenzaba le quedaban como mecha de cuete. Tenía la cara llena de pecas y la nariz chata como la de un boxeador retirado.

Anáfora era la más inteligente de las tres. Siempre estaba pergeñando alguna cosa. Tenía el pelo castaño claro como la nuez, unos ojos negro aljibe, una paloma en cada mano y una pierna más corta que la otra. A mí me encantaban las tres por una. Eran crueles tan crueles las tres hermanas que me

atormentaban desde la siesta hasta la tardecita de los domingos y casi todos los demás días, salvo que alguien muriera, arreciara la escarlatina, la viruela o la tos convulsa. No recuerdo bien quién me las describió una vez, intentando, seguramente, que yo me alejara de ellas. Por ese iluso idiota supe cómo era cada una, porque la verdad es que tanta luz me encandilaba y yo no veía más que una estrella incandescente que me metía las puntas en los ojos, en la boca y en el culo. Siempre fueron un terceto siniestro que rompía todo lo que se pudiera romper. Hay verdad en eso que se dice: yo amaba más a una. También es cierto que jamás nadie supo cuál era la más amada ay. Que es lo mismo que decir que amé a las tres por igual, porque en una de esas hasta ni yo supe nunca cuál de las tres era la que me daba una razón para vivir y no matarme. Pero como se sabe, el amor no es tan fuerte como el odio, que siempre gana la partida.

Mis ojos eran jirones de cotín gastado. La maraña de mis ideas idas eran como cualquier maraña de ideas idas de una persona desequilibrada, sacada del centro de sus cabales. Yo esperaba que una al menos una, la mas amada ay, gorgajeara alguna palabra de misericordia, de lástima, una pesada palabra que se hiciera añicos contra las baldosas del vergel, una mágica palabra que detuviera por unos minutos, al menos, el continuo drenar de mi pena honda.

Yo las quería. Amarlas era una manera de conjugar tanta anomalía y tanta fealdad en algo digno de cierta compasión, de ése, el mundo que nos rodeaba. Era la oportunidad para demostrar que todo se licua en lo mismo, y que de acá hasta allá hay la misma distancia que de allá hasta acá. Pero no. Ellas, tan naturalmente, optaron por la crueldad. Fui electo como el mejor blanco móvil para practicar tiro al blanco. Sé también que

también los bellos son crueles, pero eso es nada, si se mensura el tamaño de las maldades que puede cometer un deforme, un contrahecho, un tuerto, un tullido. Esa crueldad anómala contra natura esconde bajo el poncho la maravillosa horripilancia del odio en cierne, sin límite ni freno. Una carcajada podrida sonando desde lo más profundo del sueño, en una noche en la que no se ha pegado un ojo. Algo oculto en los objetos añejos que se venden en el galpón de las pulgas. Una vacuidad de presencias. Una mesa que pesa una tonelada, un alto espejo corroído, el retrato de un oscuro magnate, un par de guantes de seda. Húmedos objetos distintos a los demás. Cosas con respiración propia y fuera de foco. De eso estaban llenas a reventar las tres hermanas y reventaron encima mío que las miraba desde abajo boquiabierto e inmóvil, fascinado y muerto de miedo.

Didascalia, Minusválida y Anáfora eran tres hermanas muy unidas. Se revolcaban y revolcaban felices y coloradas en el pasto verde de la plaza central. Los viejos acodados a las mesas las miraban sudorosos desde las amplias ventanas del bar. La deformidad de las tres hermanitas abría de par en par las exclusas de sus esperanzas, de sus deseos necesitados. Pajeros, se sentaban contra las ventanas y mascando el escarbadienes las anhelaban haciendo comentarios incomprensibles de tan impúdicos. Ellas desparramaban olor a virgen por la esquina del bar y los veían retorcerse de necesidades insatisfechas. Gozaban saboreando el pésimo gusto de la peor tortura amorosa: la promesa de una mirada y la negativa del cuerpo. Los viejos, ya sin fuerzas para forzarlas, se abocaban a mirarlas lujuriosos hasta llegar a sus resquebrajadas casas y hacer lo único que podían hacer: inflar los aparatos

neumáticos inyectados a los senos cavernosos de la uretra, para instituir sus flácidas vergas unos minutos, los suficientes para el vaivén onanista que termina en el sosiego, en la culpa, en la rabia y en el alivio devastador.

Atrás, en el baldío, irguieron un alto altar a un Dios enfermo y postrado que sólo tomaba decisiones equivocadas. Se reunían ni bien se levantaban de la mesa. Corrían, descalabradadas e histéricas, para hacer sus devotas oraciones sin que las viera nadie, antes de buscarme en mi vergel, al que yo salía poco después de almorzar con mi familia, cansado y con una resignación que me dejaba inanimado hasta que cayera el sol y yo con él. Mi arrastrar se arrastraba rastrero arrastrándose hasta un arbusto contiguo al perímetro sacramental. En esa madriguera maldita aborrecían a su Dios con palabras nacidas de los retortijones de sus tripas. Espataban un fétido aliento y con él, palabrotas de un idioma que sólo ellas y ese Dios torcido comprendían. Yo las observaba indignado y solo, en mi mudo secreto, me iba caminando lentamente como contando hormigas, hasta llegar a mi vergel y sentarme en un banco a esperar el remolino de fustas, guachas y rebenques con que me cruzarían hasta que ya no quedara piel sin llagas.

Las tres trepaban tristes y trémulas por las canciones melancólicas que yo debía de improviso interpretar ni bien alguna de ellas chasqueara pulgar con mayor comenzando el ritmo que mas me valía continuar.

En mis sueños soñaba alucinantes conflagraciones que las envolvían y las borraban a las tres, mientras yo reía y más reía sintiendo el frondoso calor de las llamas. Cada vez que en

sueños mi deseo se abría paso, amanecía húmedo y triste, pero las tres continuaban con vida amargando la mía.

Amándolas las amaba sin otro amor que el que les tenía. Caminaba su camino tras los pasos que dejaban a su paso, sabiendo que me lanzaría tras ellas dudando pero cumpliendo.

Las veía mirarme detrás de los espejos, buscando en mí el temor y la locura desencajada que tanto les gustaba.

La rareza se rarificaba cuando cada una reía histéricamente toda vez que el viento apagaba la llama con la que intentaban prender un cigarrillo robado; para quemar sapos, ratas y bichos, o la parte de atrás de mis rodillas. Ahora, me las toco, y abarco las marcas del fuego con mis dedos todavía temblorosos y reconozco cierto anhelo, como si me hicieran falta, cuando cuánta falta me hacen.

Las tres se sumaban para multiplicarse y dividirse hasta cumplir con minucia el plan diario que habían escrito en un cuaderno donde hoy puedo leer la biografía de mi martirio.

Cuando no iban a mi vergel, por alguna razón que yo ignoraba, me llegaba hasta su puerta y les gritaba toda clase de inmundicias hasta que saliera su madre, me hiciera pasar a la cocina y me calmara con un vaso de leche y un par de vainillas. Adoraba esos momentos en los que ella me miraba tiernamente. Deseaba que todo cambiara de forma y de lugar, que ella fuera mi madre. No podía creer que una mujer tan bondadosa y bella pudiera haber engendrado a las bestias que, sentadas en el descanso de las escaleras, escuchaban todo lo que charlábamos, para después, una vez solos en mi vergel, hacerme interpretar los dos papeles de la charla, en una mimesis que yo representaba sin la menor queja.

Maniatado y condicionado elegí los caminos más desandados para que nadie contemplara acongojado mi espectáculo. Me lastima la lástima que puedan tenerme los que no me conocen. ¿Y qué si las buscaba?, ¿y qué si las encontraba y me les echaba a los pies como un gato a la hora de morir? Ellas a su modo me querían. Me querían, claro, con la necesidad imperiosa que surge cuando se abraza un recién nacido y se lo quiere apretar hasta matarlo, de lo lindo y frágil que es. Me amaban con una inclemencia, que luego comprendí, es común a todos los amores. Ya no las culpo. Tal vez me culpo a mí. Ahora llevo el veneno de las tres, que viaja por mis venas, negras, sedimentosas.

Soy el diputado de su antigua escuela. Putativo y reputado miro y al mirar, descubro lo que no se ve. Nadie comprende el hondo calado de mi devota ambición. Hacer que lo bello y lo bueno muera aplastado como se aplasta una margarita que veredicta el nomequiere.

Hay, como no podía ser de otro modo, un Dios pasmado por lo que hemos hecho con su ilusión de paz y amor en el libre albedrío. Su catequesis del amor se trastocó en terror, dos palabras que al menos riman.

Existe una fuerza que será materia y que viene revuelta desde dentro, que explica todo lo que el hombre pensante no puede comprender. Cuando estamos solos y nos vemos obligados a encender una luz para sosegar el temor, en esa palpitación íntima y estúpida, está oculta la maldad que las tres hermanitas profesaban. Existen dos maneras de manifestarse y ser: aferrarse estúpidamente a la bondad del alma humana o liberarse en el odio absoluto contra todos.

Acá no hay magia ni esoterismo. Hablo de hacer el mal todo el santo día. No rezar, como hacen los ilusos, sino despotricar, mañana y noche contra esto o aquello hasta que salga espuma por la boca, y así lanzarse a las calles, a matar y a romper sin freno ni miramientos.

Todo está en una cosa contra otra. Una lamentable retroalimentación que nos lleva a patear la cabeza del oponente caído. Expiración/ respiración; sístole/diástole; una dicotomía en perpetua tensión. Segundos, en los que sería posible morir, como en *la petit morte* del amor en los cuerpos encastrados. La muerte es la mayor posibilidad de todas nuestras posibilidades. Lo más grande y glorioso a lo que debemos llegar sí o sí. El gran acabóse. Mientras tanto hay unos que proponen y otros que disponen; están los que dan y los que reciben; los que ordenan y los que obedecen; los que matan y los que mueren.

No hay mayor placer, que ver como cae vencido un antagonista. Yo las maté, a las tres, y seguí matando porque no había marcha atrás, porque ya había sufrido lo suficiente, porque ahora me tocaba a mí.

Yo era adscrito a escribir y describir lo que iba a ser mi manual de enseñanza. Ya lo he pensado, tal vez ellas me estaban preparando para esto que ahora soy. Yo creo que vieron en mí a un alumno que podía continuar con la doctrina que se movía como un perro sin patas por sus tres cabezas llenas de bicharracos y arañas pollito.

Esperaron y vieron su obra concluida. Cuando empuñé el arma delante de sus filosos ojos, me miraron con una intensidad que nunca olvidaré. Nada dijeron, pero sé que el trío aprobó lo que yo estaba probando sin la más mínima duda. Una

a una fueron cayendo. La última en morir, la más amada ay, me miró como se mira a un amante que está por partir. Supo y supe que era el momento de ser y de no ser. Emocionada me dijo con la mirada que no me preocupara, que ellas me estarían guiando desde donde fuera que estuvieren. Esa fuerza preceptoría la percibo y la presiento en mí cada vez que algo se rompe, se quema, se muere.

Nunca más volví a sentir lo que ellas me dieron. Humillado y a la rastra, me obligaban a gritar lo que en verdad me hubieran sacado en un banco de plaza, al atardecer, hablando en susurros. Ellas parieron y ahogaron un amor guacho, sin sol, que ahora manosea desesperado con sus muñones sin encontrar a qué asirse. Ese amor desgajado se pudre día a día en mi interior.

En esto me han convertido las tres adorables tres hermanitas que me dejaron sin alma ni conciencia. Hago todo lo que quiero porque quiero. A nadie doy excusas, a nadie respeto, a nadie temo. Me cago en el amor. Soy el ser más feliz de este planeta.

Rubicundas y conchudas bailoteaban delante de mí, mientras yo las miraba desde el piso, mientras escupía esa amarga mezcla que formaba mi sangre con la arena del vergel.

Ellas supieron cómo hacerlo y lograron mutar lo inmodificable. Ahora, cada cosa que miro, es otra cosa para mí y para la cosa mirada. Chorreo como baba pegajosa sobre personas y objetos. Soy la peste negra, el cáncer y los saltos del décimo piso. Inevitablemente todos me rendirán pleitesía y todos a su vez nos postraremos ante los pies de la malísima trinidad de las tres hermanas que carraspeando y tosiendo

escupirán el verdadero nombre de Dios para que nos lo comamos como los cerdos hambrientos que somos.

Yo antes moría y renacía a la mañana siguiente, lleno de vida, hasta que se curvaba nuevamente el raid del agobio y la tristeza que me atacaba a la tarde entre mates, radio AM y olor a ropa recién planchada. Ellas me arrancaron de ahí con un solo mordisco y me inyectaron la ponzoña que me daría lucidez. Ahora que todo siento y todo sé, puedo hacer a mi placer sin necesidad de detener las necesidades que me obligan a buscar, encontrar y destruir. Tiro a matar y mato. Simple, terrible y necesario.

En esa trilogía ilógica perdí yo la razón, aunque es verdad que ellas me dieron razones de más para ser este que soy y que tanto me divierte ser. No más penas en mi corazón, que sufran todos menos yo.

Yo era un penitente sin futuro, un sufriente descarnado, pero las hermanitas, con polleras tableadas y pelos en las piernas, me rescataron y me quemaron la cabeza.

Qué sé yo en qué me habría convertido, en qué personaje aburrido y rústico. Ellas mismas, ellas solas, me dieron vida, chasqueando los dedos como lo hubiera hecho cualquier Dios.

Las maté, se murieron y me dejaron, las muy malditas. Me destrozaron el corazón en el mismo instante en el que yo detuve el suyo. Tanto tiempo creyéndolas inmortales de tan malvadas que eran, y van y se mueren, ahí, delante de mis ojos. Se murieron con todas las letras. Ellas realmente me eligieron para esto, y una buena tarde, para mi santo, locas de atar, muy sueltas de cuerpo, me regalaron la pistola y las tres balas. Estoy

aquí para cumplir con su voluntad. Soy tan sólo un exégeta triste y falso de amor.

Displicente las quise, displicente las perdí; pero en ese perderlas ellas me encontraron y me dieron esta ansiedad con la que relleno el vacío que me dejó ése triángulo estrella de tres puntas que ya no está.

Escaso y poco es lo que tengo. Estoy tan solo que no sé quién soy. Las extraño tanto; a veces hasta no puedo respirar. Oscilo en vez de sobrevivir. Si tan siquiera me las diesen unos minutos más, les diría tantas cosas, las abrazaría tan fuerte hasta matarlas otra vez.

En un tríptico tópico trópico marcaron las tres el lugar dónde enterrarlas. Claro que las enterraron en la Chacarita y no donde ellas decían. Para eso había quedado yo, para edificar su mausoleo. Para levantar los cimientos de la tripartita religión. Cumplí su voluntad. La tumba ya no existe o existe sólo en mi cabeza, ellas vendrán conmigo a dónde sea.

Lo sofisticado de las circunstancias no debe alejarme de la verdadera razón de que yo esté contando esto, y alguien esté leyéndolo. No me arrepiento. Cuando salga, no voy a dejar nada en pie. Habrá que continuar, entonces, con los preceptos que la trilogía manda. Hacer el mal sin importar cuál. Acá estoy, mientras tanto, formando a mi gente.

Cada vez que en el espejo me reflejo, veo agradecido que Didascalia me mira con sus ojos de riachuelo, que Anáfora tiene la mirada pesada como dos manchas de brea caliente y que Minusválida con dos charcos de vomito espasmódico me dice, con las otras dos al unísono, ¡que no pare!, ¡que no pare! Y no pienso parar, porque por esos seis ojos yo daría lo que no

tengo. Lo que tengo ni loco lo doy por nadie, ni por ellas siquiera. A diario me zambullo en el azogue y me les cago de risa en mi propia cara, para que sepan que estoy haciendo lo que ellas me dijeron que hiciera, que las oigo a toda hora, que no puedo dejar de oírlas aunque quiera, porque están presentes en todas las cosas y todas las cosas están con ellas.

Las palabras que trabajaron en su poesía poseían texturas, climas, colores y humores que parecían proceder de la invisible palpitación de la noche. Escucharlas era internarse en una gélida caverna, en un socavón pútrido. Fueron grandes artistas de la impostura pura y de la literatura dura. Las vi decapitar a más de uno con neologismos y cacofonías. Eran maravillosas, tan desinteresadas de las consecuencias. Así tendrían que trabajar todos los artistas, bajo el influjo de la inconciencia y del libre albedrío extremo y anárquico.

Que se retuerzan en la tumba que les hice en mi alma.
De ahí no van a salir. Las honraré siempre con mis actos.

Las maté, a todas, las tres, de una muerte diferente a cada una, aunque es un decir: se sabe que todas las muertes son las misma muerte, que todos morimos de lo mismo. No iban a quedar para vestir santos. Hice mi trabajo y ahora me destrozan los deseos que no puedo satisfacer. Ellas, tal vez, pretendían semillarse y multiplicarse en el tiempo y en el espacio. Pero no. Yo las detuve para continuar su obra desde otro lugar.

Hay muchos que se creen ganadores cuando tan sólo si logran pasar por la vida como empleados de comercio, esclavos del erario público o como poetas que nadie lee.

De mañana y amañadas, en un santiamén que se sabían bien de cuarto a cuarta, descuartizaban a troche y moche toda la santa noche. Dicho y hecho por trecho estrecho se dieron una panzada despanzurriendo a diestra y siniestra. Bendecían con salmos ceceosos, con responsos leporinos y aves gangosas. Agarraban a un cura o a un rabino y lo devolvían desmembrado. No les interesaba explicarse nada de nada. No se hacían ni siquiera preguntas retóricas. Sólo hablaban con certezas. Si se equivocaban, mala suerte para los damnificados. Creían en la acción libre y espontánea. Se movían a tontas y a locas, cegadas por su locura en creciente; pero lo veían todo, conocían las bajezas de cada persona. Miraban a alguien y ya le adivinaban santo y seña. Se le acercaban y lo desnudaban dejándolo en la calle principal, en medias y mocasines con el portafolios pendiendo de una mano temblorosa. No tenían un móvil en particular. Se querían divertir. La felicidad y la alegría de unos necesita, inexorablemente, de la desgracia y la tristeza de otros, que se tropezarán para que nos desternillemos de risa.

Ellas tan sólo hacían el mal por deseo incontento y por el gusto de hacer nomás.

Eran tres damiselas horrorosas pintadas sobre los infernales cielos del Greco. Admirables, dignas del más sincero respeto. Tendrían que haberse postrado ante ellas todos, y no solamente los ofendidos y/o traicionados. Esos son los que mayor daño pueden causar cuando logran salir del reposo y ponerse en acción contra el enemigo que los ofendió y/o traicionó. A esos reclutaban. Los demás debieron, también, reconocer la beldad amorfa de la maldad pura y desinteresada.

Ellas tres se ungieron como ser único todopoderoso. La fuerza que emanaban debió de ser eficaz, porque dejaron idiota y hundido a todo el que tocaron. Acá estoy yo como muestra

patente. En sus ojos se arremolinaban los efluvios que nos arrastraron bajo el agua de un riachuelo. Eran la contracara de la belleza, el lado oscuro de la sombra. Eran una maldad mañera e inimputable. Imperceptibles e imposibles de dominar. Aunque se cerrara la llave maestra, entraban por cualquier grieta. Era de gusto taponarlas porque filtraban y chorreaban por todas partes. Uno comprendía al instante que había que unírseles y sublevarse; sobre todo eso: aceptar cabizbajo y obediente. Horadaban y erosionaban de afuera hacia adentro hasta destruir el corazón, el nudo, el núcleo de la cosa atacada. Desde ahí, esparcían su veneno. No paraban hasta sentir que les lamían los pies. Después, ya derrotados los fieles, se encargaban de que nunca se las olvidara. Iban de lo chico a lo grande, de lo particular a lo general, de lo poco a lo mucho, de lo bueno a lo malo, de lo lindo a lo feo; se instalaban haciéndose autóctonas y ahí ajusticiaban a cualquiera, hasta que no quedara ya nada más que temblores y traumas.

Uno de sus ritos consistía en ponerse a zapatear delante de cualquiera. Bailaban y cuando bailaban parecían una hemipléjica; una renga con muñón y todo; y una paralítica sin silla, siguiendo el ritmo dislocado de unos violines aulladores. Se colaban en alguna capilla ardiente y empezaban a reír y a escupir toda clase de improperios para cualquier lado. Siempre decían ser las amantes del muerto, no importando nunca el sexo del difunto. Armaban semejante zafarrancho que las terminaban echando a patadas. Pero no había caso, el daño ya estaba hecho. Todos, después, los dolientes más cercanos al finado, empezaban a hacerse preguntas que nunca podrían contestar, y la mayor parte de las veces, se enterraban para

siempre en una zona de sombras en donde jamás crecería nada contra ese lado de la pared.

Pasito a pasito en pan y queso, nos convertimos en piturros, tucas, colillas; muestras patentes de la degradación y el cambio hacia algo nimio, minúsculo, cerca de dejar de ser, camino a un final infeliz sin perdices ni beso ardiente. De vez en cuando y de cuando en vez sus trifónicas risotadas finamente desbalanceadas canturrean la canción de los muertos, celebrando su herética homilía.

Ellas buscaban a los últimos en todo, a los rezagados, a los infelices. Es por eso que me eligieron a mí y a otros tantos. Sí, es verdad, claro que yo me creo el único discípulo de ellas, lo mismo que pensarán los otros, allá en sus egocentrismos. Fuimos, todos, sin excepción, nominados a cumplir un plan. Lo tórrido de toda la cuestión es lo que más nos atrae. Nos llama lo tumultuoso y lo ruin. Vamos a lograr lo que ellas querían que lográramos. Dios no se equivoca, porque no hace. Ellas mismas nacidas en la desperfección, nacieron a lo equivocado y a ello se abocaron en la acción desbocada y sus consecuencias. Hemos sido llamados a propagar los perdigones de su mala fe. Contrarestados y solos, abrimos los grifos de la maldad hasta que la diarrea lo tape todo.

El amor sucede porque hay seres que viven para iluminarnos tan sólo un mísero instante y después apagar ese lucerío hasta destruirnos. Las amaba porque no podía hacer otra cosa. A eso se reduce toda la pantomima horrenda del amor y del deseo. Algo que no podemos controlar. Un asunto destinado al fracaso. Las parejas que se aman se separarán por

una u otra causa, el motivo no es importante. Y sin embargo nos empecinamos en una repetición honda y majestuosa. Sabemos que en uno u otro momento estaremos viendo a nuestro amante desde la otra vereda, mientras camina de la mano con una persona que quizá ni conocíamos, pero que aprenderemos a odiar concienzudamente. El amor es una condena repetida una y otra vez sin tempo ni final. Ellas lo sabían como nadie. Yo las miraba cuando me obligaban a mirarlas, y declamaba: “¡qué lindas princesas, no lo puedo creer, que lindas princesas, no puedo parar de reír, me voy a enamorar de ellas!”; y chochas de la vida, se abalanzaban sobre mí y me cagaban a patadas. Me decían a los gritos que nadie como ellas me enseñaría el mundo tal cual era. Y tenían razón las muy guachas: nadie como ellas me enseñó nada, porque la hipocresía impera y la sinceridad lisa y llana es tenida como poco civilizada. Pero lo mejor es abrir las compuertas y dejar que el arroyo arrastre lo que tenga que arrastrar. Las extraño, eso ni hay que decirlo, pero la pena que me apena es apenas una urticaria momentánea que se me quita rascando la zona afectada. Eso me enseñaron y eso mismo aprendí. El amor amortigua los porrazos que nos daremos cuando se termine. Nos atonta hasta que nos avivamos. Y yo me avivé.

Entiéndase bien, cuando digo amor, digo carne, que a esta altura son sinónimos, sino la misma cosa. Somos hijos y esclavos de la carne, eso lo sabemos, lo aprobamos y lo llevamos a la práctica.

Ninguna fue tan desalmada como para hacerme algo parecido a lo que las tres hermanitas mías me hicieron cada tarde que yo les propuse que se levantaran los volados. No fue sexo... ni manoseo, no fue nada de eso. Fue más que eso. Fue perfecto y aberrante. Ellas me lo dieron y yo las borré del mapa.

Dejé en mí memoria ese coagulo que fueron las tres sobre la verde hierba de mi vergel y me saqué algunas espinitas que me dejaron clavadas y que tan lindo me dolían. ¡Qué trío poderoso, grandilocuente! Fue una tarde: una, dos y tres; que yo les pedí como siempre, cumpliendo con mi deber de púber en edad de merecer, y ellas una vez más, me hincaron sus dientecitos de rata rabiosa y me desfiguraron el agujón de una forma que los médicos no supieron diagnosticar qué salvaje fiera había hecho esas incisiones en mi miembro urinario y reproductor. Porque yo, como siempre, no abrí la boca. Que se murieran de curiosidad y espanto mis pobres e inocentes padres.

Nada he dicho de mis progenitores: imbéciles siervos de la honradez y el tedio. Ellos buscaban algo parecido a una vida provechosa. Fracasaron como tantos otros. Ganarse el pan es una cosa inevitable, pero cuando se quiere ir más allá de eso, comienzan los problemas, la angustia y la violencia. Todos desean, quizás, sufrir lo menos posible en esta vida. Cualquiera estaría dispuesto a hacer lo que fuera con tal de no padecer o de no hacer padecer a sus semejantes más cercanos, pero por ahí de tanto revolver, se corta la mayonesa. Mis padres, mis odiados padres, se auto-flagelaron constantemente buscando en vano la probidad en almas que ya estaban perdidas antes de nacer. Portaron durante toda su vida, una gran giba, la enorme culpa de algo que no llegaron a hacer. Ahí reside justamente lo fatal de la cosa; porque ningún bautismo o absolución nos podrá dar la paz soñada. Todos, de una u otra manera, son culpables de la mortandad. Suicidios, abortos, sobredosis, accidentes automovilísticos, paros cardíacos, un cigarrillo que se convida, hambruna o demasiada sal y azúcar en las comidas. Se afligen porque tienen miedo a quedar solos, cómo si ya no lo estuvieran. Vidas a la deriva. Zigzagueantes singladuras en una

tormenta que los supera de cabo a rabo. Se les oxida la sangre apelotonada en las venas porque no se animan nunca a hacer lo que deberían haber hecho hace años: dejar todo y andar por el mundo como derviches mendicantes abandonados a la buena de un Dios inservible. Pero alquilan un departamento, se abonan al cable, compran un auto en cuotas y se mandan mensajitos de texto. Están podridos de aburrimiento y fracaso. Es por eso que yo hago lo que hago. Porque no hay remedio ni códigos. A la mierda con todo.

Jamás las culpé, si ya me tenían en sus sordas hordas que manipulaban a placer y capricho. Eran tres maléficos ángeles despampanantes que a destajo socavaban la maldad que había en nosotros y la hacían florecer como a una rosa de neón en la vidriera de un pornoshop. Ahora estarán siendo vejadas al fin por los gusanitos de rigor. Ya hicieron lo que pudieron y les cupo hacer en su momento. Acá yo, nosotros: seguiremos.

Hago lo que ellas hacían porque soy ellas. Es lo que hace el amor: convertirnos en la persona amada, recién cuando ya no está. El amor deja su herrumbre en todo lo que toca. O van a llamar vida enamorada a esta existencia que llevo desde que ellas pasaron a mejor vida.

Ya no están y es mi culpa. Si revivieran las volvería a matar, porque nada se compara a esto en lo que me convertí. Ellas me hicieron mejor de lo que yo era. De un modo o de otro, ellas siempre estarán en mí, agarradas por dentro, lastimándome.

Mato y absuelvo. La vida es miserable y vacía. Todo aquel que muere es congraciado por mi maldita benevolencia. Ayudo a que algunos puedan abandonar la penuria, el ahogo, la desolación. Por esa razón es que no maté a mis padres. Cuando ellos tuvieron que enterarse de mi devota vocación, me les planté y les dije lo que les dije: que no los mataba porque no los compadecía. Que lo que yo más quería en esta vida era hacer que ellos la sufrieran adecuadamente.

¡Qué runfla las tres unidas casi pegadas! Miraban con sus ojos de escupida de tabaco y no había nada que hacer. Era hermoso y perfecto abandonarse a lo que ellas dispusieran. Había que soportar todos sus brotes y arranques porque hay ciertas ordenanzas que no se pueden dejar de cumplir. Ellas decían y había que hacer, no cabía otra posibilidad, y si la hubo alguna vez, todos nosotros decidimos ignorarla. Para qué gastarse uno, no se puede pretender la chancha, los veinte y la máquina de hacer chorizos.

Ya no me saldrán forúnculos porque cumplí la sucesión de los siete que me pueden salir en una vida. Las canas que me arranco se multiplican; siete años cada vez que parto espejos que repiten mi rostro increíble.

Siempre que nos encontramos e intercambiamos pareceres y padeceres, no hay modo; tanto ellos como yo buscamos: la quinta pata del gato, el pelo en el huevo, el quinto beatle, el cuarto mosquetero. Más de lo que hay, menos de lo que queremos. Hay una comodidad metafísica en todo esto que tiende al equilibrio, me imagino. Me encantaría que hubiera un gran propósito en el universo, y no todas estas ganas

minúsculas y entretejidas que nos tienen en una lucha cotidiana y sin cuartel.

Que gane el mejor, o el más apto, o el que tiene más suerte, o el bien ubicado; cualquiera, da lo mismo uno u otro.

Me encomiendo a la suerte que quieran para mí las regentas de mi corazón de barco al garete. Discípulo y esclavo, amante desdichado, preso de un bolero que canta un mal amor. Ahora ya es tarde para andar con retrocesos. Se es libre o prisionero. Está en cada uno el acto de merecer lo que sea que se merezca. Ya no las tengo, ni las tendré. ¿Y qué?

¿A qué con tanta cabeza? Hay que abandonarse y dejarse ser. Desplegar los deseos ocultos y llevarlos a buen puerto. Sentir terminantemente el curso de los vientos, el golpe de un aspa, el girar de una veleta. La vida nos macera la persona, esculpe un tótem malhumorado que nos ejemplifica, nos marca el paso, nos come la cabeza. ¿Cómo uno no va a estar como está?

No necesito del amor, no necesito de la nada, soy una pelota de nervios contracturados. Así me puso el amor al cubo que me pasó por encima. Así estoy todos los días, así me van a encontrar en cada rincón, mirando para no mirar lo que hacía rato olía. Saliéndome de mí, abriendo bien las fauces, comiendo lo que hay para comer, matando lo que está vivo.

Colecciones de Milena

Coediciones) el asunto(- Eloisa Cartonera - MDG - nulú bonsái - Cospel - No hay vergüenza ediciones - Leer y psicoanalizar - Jakembó - Felicita Cartonera.

POP BIZARRA (7)

Emiliano Correia, La Fórmula de la fantasía, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Presente Gourmet, Milena Caserola, 2007.
Mariano Quiroga, Canciones, Milena Caserola, 2007.
Andrés Kilstein, Moloko Vellocket, Milena Caserola, 2007.
Mayra Jazmín Lucio, Amanecer Oscuro, Milena Caserola, 2008.
Silvana Gangi, Lorena, Milena Caserola, 2008
Esteban Yañez, Sonría, Milena Caserola, 2008.

ARTE (10)

Christian D. Marelli, Políticamente In Correcto, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Kirzner, Axiomas Nocturnos, Ilust: **Chelo Candia**, 2008.
Madame Barfly - Muertita dibujante, Sorbos de locura, Milena, 2009.
Espino – Riera, Los síntomas del mono, Milena, 2009.
Nico Pesin, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.
Francisco Ocampo, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.
Ojo Canibal, Libro Caset, Milena Caserola, 2010
Luis Alberto “Merluza” Juárez, Vicente Nario, Milena Caserola, 2010
Christian D. Marelli, Materia Gris, Milena Caserola, 2010
Varios autores, **Antología**, Milena Caserola, 2011

POESÍA POESÍA (32)

Miguel Ángel Peñarrieta, La voz del coagulo espera, 2006.
Sebastián Matías Oliveira, Todo texto debe autovalerse.
Mariano Quiroga, formas de morir, Milena Caserola, 2008.
Emanuel Alegre, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.
Adrián Bechelli, Poemas para volver a mí, Milena Caserola, 2008.
Juan Xiet, Metástasis, Milena Caserola, 2008.
Javier Leal, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.
Maria Adelina Cammarano, Ego Fusión, Milena Caserola, 2008.
Maru Paii, este viento que pedalea por mí, Milena Caserola, 2008.
Ioshua, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.
Favio Gabriel Kobielsz, Free Shop, Milena Caserola, 2009
Grau Hertt, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena Caserola, 2009.
Iván Quiroga, La violencia de los pájaros, Milena Caserola, 2009.
Juan Senach García, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.
Leonor Farías, La hembra, Milena Caserola, 2009.
Luciana Sigelboim, la prologal, Milena Caserola, 2009.
Patricia González López, Indecible, Milena Caserola, 2009.
Sofía Luppino, masticándome, Milena Caserola, 2009.
Stella Maris López, Vivencias, Milena Caserola, 2009.
Agustín Romero, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.
Marcos Lizenberg, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.

Héctor Ramón Cuenya, Gore, Milena Caserola, 2009.
<Elih.anna García>, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010
Mariela Pacin, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010
Ariel Presti, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010
Marat, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010
Agustín Marcenaro, El bardo de Bubón. Poemas de un pus colorido, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, El libro celeste, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, Poseído, Milena, 2010
Héctor Ramón Cuenya, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.
Silvina Nellar, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.
Andrés Boiero, Texas, Milena Caserola, 2011.
Ad Lihn Fand, Embustero, Milena Caserola, 2011.

REY LARVA (7)

Pecado y Perdón, Milena Caserola, 2008
Milagro Eterno, Milena Caserola, 2008.
Las puertas del viento, Milena Caserola, 2008
Días de vos, Milena Caserola, 2009
Trash, Grau Hertt – Rey Larva Nulú Bonsái, Milena Caserola, 2009.
El árbol del sueño, Ix am – Rey Larva, Nulú Bonsái,)el asunto(, Milena, 2009.
Sonido Interior, Eric Thiemer – Rey Larva, Milena Caserola, 2010.

CUENTO - MICROCUENTO - NOVELA (13)

Merluza, Cuentos, 2º ed., Milena Caserola, 2007.
Nicolás Reffray, Del amor y otros atropellos, Milena Caserola, 2008.
Nicolás R. Correa, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, Breviario, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, breves encuentros, Milena Caserola, 2008.
Felix Quadros, Comedia, Milena Caserola, 2008.
ignacio spagna, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.
Gonzalo Unamuno, El vermu de la gente bien, Milena Caserola, 2009.
Yair Magrino, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.
Cristina Civale, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.
Mariela Puzzo, El monte, Milena Caserola, 2010
Diego Herrera, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010
Leib Malaj, La crucifixión de Don Domingo, Milena Caserola, 2011

NARRATIVA (13)

Diego Rojas, Temporal, 2º edición, Milena Caserola, 2008.
Mariano Quiroga, Mierda, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Suaves Dedos Fíos, Milena Caserola, 2007.
Agustina Viqueira, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.
Kasaokupada, GOS, Milena Caserola, 2008.
Mateo Ingouville, Natasha, ernesto y yo, Nulu Bonsai, Milena, 2009.
Darío L. Estryk, Serendipias, Milena Caserola, 2008.
Favio Gabriel Kobielsz, 1977, Milena Caserola, 2009.
Cesar Guillermo Castro, Obrero Man – El gladiador barrillero, Milena, 2009.

Diego Herrera, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.

Héctor Ramón Cuenya, Dulces Paralelas, Milena Caserola, 2009.

Felipe Herrero, Agua Marina–Otoño y olvido–Bajo Nieve, Milena, 2010.

Ioshua, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena Caserola, 2010.

13 LUNAS (5)

Ale Sirkin, El árbol cósmico, 2006.

Alex Portugueis, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.

Maximiliano Borovicka, el delirio coherente, Milena Caserola, 2008.

Ix Am, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.

Julián Mur, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

Elisabeth Neira, Abyecta – Hard Core Hotel, Milena Caserola, 2008.

Rodrigo Domingos, El principio del soplo - O início do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.

Patricio Miguel Federico, Tapa – Contratapa, Milena Caserola, 2009.

PA COLOREAR (3)

Salvador Jiménez - Merluza Juárez, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.

Micaela Nair Verdún Perazzo, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.

Bárbara Molinari, Me duele el pelo, Ilust: **Delfina Estrada**, Milena Caserola, 2010.

CO-EDICIONES CON)EL ASUNTO((15)

Pablo Om, la juventud al poder,)el asunto(- milena, ocio verde, 2008.

Emanuel Alegre, 16 golpes,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Antonio O'Higgins, vomito de sangre,)el asunto(- milena, 2008.

Ezequiel Abalos, ida y vuelta a la boca,)el asunto(- milena, 2008.

Luis Alberto "Merluza" Juárez, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barrabravas ...)el asunto(- Eloisa Cartonera - milena caserola, 2009.

Emanuel Alegre, Islas,)el asunto(- MDG - milena caserola, 2009.

Ioshua,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Pablo Struchi, Locura,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Galundia Moera, Nada,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Erroristas, Manifiesto Errorista,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Anahí Ferreyra, Máscara y Vacío,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Analía M. Aguilar, La Rosa de los Vientos,)el asunto(- Milena, 2010.

Ezequiel Abalos, Roble,)el asunto(- milena, 2011.

Graciela Amalfi, Des Palabras Armando,)el asunto(- milena, 2011.

Ramiro Ross, De sabihondos y suicidas,)el asunto(- milena, 2011.

IMPERFECTAS -)EL ASUNTO(- MILENA CASEROLA (6)

Nat, donde se cuentan algunas cosas,)el asunto(- milena, 2008.

Verónica Gelman, en espiral,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Mónica Torres, uvas,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Kaudia con K, poemas para vos/z,)el asunto(- milena, 2008.

Mónica Torres, Enero Cristal,)el asunto(- milena caserola, 2009.
Mónica Torres, Bisectriz,)el asunto(- milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)

Oscar del Barco, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.

Juan Manuel Núñez, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.

Peter Pál Pelbart., El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2010.

HUMOR – HISTORIETA (8)

Andrés Kilstein, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.

Andrés Kilstein, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.

Alan Dimaro, Diego Gainza, Niko Battista, Iván Franco, Sr. Valdemar, Milena, 2009.

Andrés Kilstein, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.

Tzipe, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.

Juan Castro, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.

Gimenez-Cuenya, Argentina Superpotencia, Milena Caserola, 2010.

Ioshua, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena Caserola, 2010.

EN LOS BORDES – LEER Y PSICOANALIZAR - MARX(ITSMOS) (9)

León Trotsky, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008

Enrique del Acebo Ibáñez, Meditaciones del post-sujeto, Milena Caserola, 2008.

Ramiro Ross, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.

Héctor Fenoglio, La Telépata, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.

Teodoro Lecman, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.

Nahuel Moreno, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.

Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril), Varios autores, Milena Caserola, 2010

Alfonso Carofile, El endemoniado Esteban Lucich, Milena-Leer y psicoanalizar, 2010

Valentina Contino, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.

Alejandro Esteban García, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.

Teodoro Lecman, Cuestiones de la Clínica 2º ed., Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

IDEOGRAFIAS (15)

Jeremías Maggi, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, Trozos del bloque inicial, Milena Caserola, 2009.

Sofía Lino, Historia típica, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, La Salidera, mc, 2009.

Walter Reich, NTNA [niñotravestinazialien], mc, 2009.

Leonardo Capucci, La estrella feroz, mc, 2009.

3.6.1, Bagrejaponés, mc, 2010

Cristino Bogado, Amor Karaíva, 2010

Diego Mora, Historias de Inodoro, 2010

Max Orioli, Inanedrama, 2010

2017, Nueva Poesía Contemporánea, Tomo I, Milena, 2017

Alejandro Vilas, Atrapado, Milena Caserola, 2010

Sebastián Kirzner, Risperidona, Milena Caserola, 2017.

Andrés Kilstein, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.

DETALLES (2)

Ivana González, Todo habla, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La salidera, Milena Caserola, 2009.

TEATRO (2)

Bèla Arnau, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.
Ignacio Javier Olgún, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

MANDRÁGORA PORTEÑA- NUEVOS LETRISTAS Y POETAS DE TANGO 2017 (1)

Matías Mauricio, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010

CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

Enrique del Acebo Ibáñez, Homo Sociologicus, 2º ed. Milena, 2011.

LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, SobreverboS, Milena Caserola, 2011.
Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Miguel de Cervantes, Autor del “Soldado Rod Adlos”, Milena Caserola, 2011.

MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

Andrés Pérez Molina, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.
Enrique del Acebo Ibáñez, Lo mínimo que te puedo contar, Milena Caserola, 2011.
Andrés E. Peribáñez, Breves historias desnudas, Milena Caserola, 2011.

Consiga estos libros en:

Feria del Libro Independiente – FLIA

el asunto(- www.elasunto.com.ar

MU Punto de Encuentro, Hipólito Yrigoyen 1440

La Periférica – perifericadistribuidora.wordpress.com

LIBRERÍAS DE BUENOS AIRES: Lilith, Librería Norte, Guadalquivir,
De la Mancha, Paidos, Antígona, Hernández.

La Libre, Bolívar 646, San Telmo

Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho

Libros del pasaje, Thames 1762 / Costa Rica 4562, Palermo

Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro

El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo

Librería Pedro - Carlos Calvo 578, San Telmo

Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1

Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)

Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199

Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Librería Salón del libro, 21 rue des Fossés St-Jacques

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye

en: www.distribullalacajita.com.ar



Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, Otoño de 2011